BX
6333
G585D5

Discursos Bíblicos

Rev. Samuel F. Gordiano

THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

Class BX6333
Book .G585D5

Copyright No.

COPYRIGHT DEPOSIT.

Rev. Samuel F. Gordiano.

Discursos Bíblicos

POR EL

Rev. SAMUEL F. GORDIANO

Ministro de la Congregación Española en la Iglesia
Bautista del Calvario de la Ciudad
de Nueva York.

Pues, cualquiera que me oye estas palabras, y las hace, compararle he al varón prudente que edificó su casa sobre roca:

Y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y combatieron aquella casa, y no cayó; porque estaba fundada sobre roca.

S. Mat. VII:24,25.

NEW YORK
MAYANS & CARRION
1910

BX6333
.G585D5

Copyright 1910 by the
Rev. S. F. Gordiano.

Es propiedad del autor

©CI.A280392

Apr. 30 '15

DEDICATORIA

AL

Rev. Robert Stuart Mac Arthur,

Tengo el placer de dedicar este pequeño volúmen.

FE DE ERRATAS

Pág.	28	lín.	24	dice	univrso,	léase	universo,
"	44	"	17	"	qe	"	que
"	59	"	25	"	e	"	de
"	66	"	5	"	manera.	"	manera,
"	71	"	24	"	olamente	"	solamente
"	108	"	3	"	ruios el	"	ruidos del

INTRODUCTION

BY THE

Rev. Robert Stuart Mac Arthur,

D. D., L. L. D.

For forty years pastor of Calvary Baptist Church, New York City; worldwide known lecturer and author of twenty five volumes.

I congratulate all Spanish-speaking readers on the publication of this volume by Rev. Samuel F. Gordiano. In the chapters composing it are set forth lucidly and eloquently the principles of evagelical Christianity. The substance of these chapters has been delivered by the author in his services in Calvary Baptist Church; the truths here taught have been frequently voiced by him in addresses delivered under the auspices of the Evangelistic Committee of New York. This Committee Mr. Gordiano has represented in work among Spanish-speaking peoples for the past

five years. He has done admirable service as a minister of the gospel on behalf of his Spanish-speaking compatriots meeting in Calvary Church. It is the earnest hope and prayer of all the friends of Mr. Gordiano that the publication of this volume, commending God's love and magnifying God's grace, may contribute greatly to the highest good of all its readers and to the greatest glory of our divine Lord and Master.

ROBERT STUART MAC ARTHUR,
Minister Calvary Baptist Church.

Calvary Study,
New York City,
November 21, 1910.

PROLOGO

POR EL

Rev. Robert Stuart Mac Arthur,

Doctor en Divinidad y Doctor en Leyes

Pastor por cuarenta años de la Iglesia Bautista del Calvario de la ciudad de Nueva York; conferencista de fama internacional y autor de veinticinco volúmenes.

Felicito á todos los lectores de la lengua castellana por la publicación de este volumen por el Rev. Samuel F. Gordiano. En los capítulos que lo componen están presentados brillante y elocuentemente los principios del Cristianismo evangélico. La sustancia de estos capítulos ha sido predicada por el autor en sus Servicios Divinos en la Iglesia Bautista del Calvario, como ministro del departamento español de dicha iglesia. Las verdades aquí enseñadas han sido frecuentemente proclamadas por él en discursos pronunciados bajo los auspicios del Comité Evangelis-

ta de Nueva York. Por cinco años el Señor Gordiano ha representado este comité en el trabajo entre los de habla española. Ha prestado admirables servicios como ministro del Evangelio para el bien de sus compatriotas. Es la más ardiente esperanza y oración de todos los amigos del señor Gordiano, que la publicación de este volumen, encomendando el amor de Dios y engrandeciendo Su gracia, contribuya grandemente para el más elevado bien de todos sus lectores y la mayor gloria de nuestro divino Señor y Maestro.

Firmado
ROBERT STUART MAC ARTHUR

Calvary Study,
New York City,
November 21, 1910.

APPRECIATION

FROM THE

Rev. Hugh Black, M. A., D. D.,

Professor of Practical Theology in Union Theological Seminary, New York City; author of "Friendship," "Culture and Restraint" "Comfort" and many other very popular volumes in America and Great Britain.

It gives me great pleasure to say a word in commendation of Rev. Samuel F. Gordiano's work and to recommend his book. His work among the Spanish-speaking people of New York has been very successful, and his book is due to his desire to extend that work beyond the limits of his regular and ordinary audience. The book has the great merit of dealing with the large things of religion, and I trust it may be greatly blessed among his compatriots.

Signed
HUGH BLACK.

APRECIACION

DEL

Rev. Hugh Black, M. A., D. D.,

Profesor de Teología Práctica en el Seminario Teológico de la Unión, Nueva York; autor de "Friendship," "Culture and Restraint," "Comfort" y otros varios volúmenes muy populares en América y en la Gran Bretaña.

Me proporciona sumo placer el decir una palabra de encomio sobre el trabajo del Rev. Samuel F. Gordiano y de recomendar su libro. Su trabajo evangélico en New York entre los de habla española ha tenido muy buen éxito y su libro es debido á su deseo en extender ese trabajo más allá de los límites de su auditorio regular y general. El libro tiene el alto mérito de tratar de los grandiosos asuntos de la religión, y yo confío que será grandemente bendecido entre sus compatriotas.

Firmado

HUGH BLACK.

INDICE

Dios es Amor 1

El Reino de Dios 21

Cristo y Su Obra. 35

Influencia Personal 65

La Gran Carrera. 83

Voces del Año Nuevo 99

I

Dios es Amor

Texto:

El qne no ama no conoce á Dios; porque Dios es amor.
1a. Juan 4: 8.

Estas tres palabras forman la revelación más admirable y sublime que al hombre ha sido dada. Nada hay en el universo que signifique tanto como esta corta pero profundísima verdad. Somos deudores de ella á la Biblia. Sí, porque fuera de ella nada de lo existente podía habérnosla dado. La Biblia no solamente anuncia esta maravillosa verdad sino que el tema fundamental de todas las Santas Escrituras es esta revelación.

Cristo vino á probar que Dios es amor. Vino para mostrar con Su vida perfecta y Su muerte expiatoria la actitud de Dios hacia el mundo; que no era solamente el Supremo Artífice del universo con algo de cariño hacia lo creado, sino un Dios que ama como un padre tierno al hombre, para quien creó esta tierra tan hermosa.

I.

¿Cómo ha manifestado Dios Su amor?

1. En primer lugar, permitidme mostrar que la misma creación del hombre es una acción de amor. Esta primera página en la historia de la humanidad es el más dulce poema en existencia. Ahí se han inspirado todas las musas que han hecho sonar las cuerdas de oro de las liras más famosas que han cantado idilio alguno.

Cerrad por un momento los ojos y dejad que vuestra alma, en alas de las más rosadas ilusiones, tienda su vuelo á las fantásticas regiones de un paraíso semi-celestial. Ahí embriagado por las primeras flores que exhalan su perfume á los tiernos rayos de un sol naciente; arrullado por el murmullo de arroyuelo

cristalino que baña las fértiles praderas; embelesado con los trinos de las primeras aves de la tierra, enajenado al susurro campestre de las palmas y en medio de los efluvios celestiales del primer día del hombre, escucharéis á Jehová, Creador del cielo y de la tierra, hablándole al primer Adán con la ternura de un padre y éste contestándole con la afección de un hijo.

Leemos en el primer capítulo del Génesis que después de que Dios había creado los cielos y la tierra, después de que había hermoseado esta última con plantas y animales, entonces dijo Dios: "Hagamos al hombre á nuestra imagen, conforme á nuestra semejanza; y tenga él dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo y sobre las bestias, y sobre toda la tierra". Desde entonces el hombre ha reconocido su grandeza y marcha por el mundo sintiéndose un titán entre lo creado. Todo lo grande y sublime que en su corazón lleva encerrado, como el océano encierra múltiples riquezas, se lo debe á ese Ser que lo quiso crear un dios en miniatura. ¿Qué más podía darle Jehová al hombre en su nacimiento, que su misma imagen realzada en su alma?

He aquí la razón por qué el hombre en sus sueños de amor y fantasía piensa en un más allá en donde sabe que sus más elevados ideales encontrarán perfecto cumplimiento. Esta es la razón por qué cuando las agudas espinas de la tierra rompen sus plantas, sin encontrar ayuda entre los hombres, pide al cielo el eficaz auxilio que le falta. Esta misma es la razón por qué él lleva en su pecho ese sentimiento de los sentimientos llamado amor. Esto es lo que el hombre más estima; más que el oro, las perlas y diamantes; esto es lo que lo hace llorar con amargura ó deleita su alma soberana. Dios prueba Su amor al hombre con haberlo creado hombre. El hombre ama porque Dios es amor.

2. En segundo lugar Dios ha manifestado Su amor infinito por el hombre, castigando el pecado tan pronto como éste apareció en el mundo.

Alguien diría que el punto anterior de este sermón era un poco inconsistente aunque sonara algo melodioso. En otros términos, que probar que Dios es amor con nuestra propia creación es inconsistente puesto que hay tantos seres desgraciados que quisieran jamás

haber nacido. La vida para ellos es una contínua amargura porque son más las sombras de sus noches que la luz de sus días. El gran poeta inglés, Shakespeare, nos dice que:

"La vida es tan fastidiosa
Como un cuento repetido,
Hastiando el cansado oído
De un hombre ya soñoliento."

Y he aquí la opinión del bien conocido Séneca: "La vida es una batalla." Así podía seguir mencionando un sinnúmero de grandes hombres que encontraron muchos abrojos por el camino de la cuna á la tumba.

Nadie puede negar que esto sea cierto, es decir, que la vida esté llena de cruentos dolores. ¡Ah!, pero entonces me diríais, ¿si Dios es amor, por qué ha permitido tanto sufrimiento en la tierra, por qué hacer tan pesada la carga cuando El con sólo Su deseo podía convertir este mundo en un verjel? La respuesta es muy sencilla. Al principiar este segundo punto del discurso dije que Dios probaba Su amor castigando el pecado tan pronto como este apareció en el mundo; y esto es cierto, y vosotros lo veréis muy claro cuando detenida-

mente analicéis conmigo el problema. Hagámoslo parte por parte.

En primer lugar ¿qué es "pecado"?—El pecado es el acto de infringir una ley. Las leyes que rigen el universo son la expresión de la voluntad de Dios, así como las que gobiernan el mundo moral son también la expresión de esta misma voluntad divina. Cuando el hombre, ya consciente ó inconscientemente infringe una de las leyes naturales, por ejemplo, la del equilibrio, tiene que sufrir la pena y nadie se admira de ello. La primera lección que el niño aprende, ó una de las primeras, es que el fuego quema y por lo mismo teme acercarse á éste. El muchacho, aunque ignore la Física, sabe que si pierde el equilibrio se cae, con consecuencias funestas; por lo mismo hace lo posible por no infringir esta ley ó lo que es igual, no pecar contra esta regla establecida por autoridad divina. Ahora, si la infracción de cada ley física tiene su castigo, ¿no es acaso lógico que la infracción de una ley moral tenga infaliblemente su pena? El que toma un veneno se envenena, esto nos lo prueba la Fisiología. El que peca contra la ley divina, en

su mismo pecado halla el castigo. El pecado es el veneno del alma. De manera que hemos descubierto dos grandes verdades, la una, que el pecado es la infracción de una ley divina; y la otra, que el compañero inseparable del pecado es su castigo.

Dijimos que analizaríamos parte por parte el problema de cómo podía Dios probar Su amor al hombre, castigando el pecado. Vimos ya, en primer lugar, lo que el pecado es y su inseparable pena. Ahora, en segundo lugar, busquemos la razón que Dios tiene para invariablemente castigarlo.

Después del análisis precedente, es decir, de haber hallado que el pecado es el acto contrario á la voluntad perfecta y divina de Dios, nos es fácil ver cómo es lógico que el mismo hecho de que un acto no en armonía con dicha ley perfecta sea un acto imperfecto y por lo mismo malo; ahora, como Dios es bueno, tiene por fuerza que estar en contraposición eterna con lo que es malo. Luego Dios manifiesta Su amor al hombre, castigando aquello que destruye la felicidad del objeto de Su amor.

El pecado es entonces el peor enemigo del hombre porque tiende á separarlo de su Crea-

dor; porque lo roba de la dulce comunión ó relación filial, que con Jehová podía tener. Por eso es que tan pronto como el hombre abandona el pecado, es decir, deja de desobedecer la ley perfecta y viene á acatarla como su propia voluntad, en ese mismo momento descubre por experiencia, que el Señor del cielo y de la tierra es su amoroso Padre, y que la mayor prueba de amor que podía haberle dado, era llenar de espinas el camino de la desobediencia y de haber tapizado de flores la senda que lo devolvía á su paraiso perdido. Dios entonces ha probado Su amor al hombre castigando el pecado tan pronto como este apareció en el mundo y siguiendo invariablemente castigándolo hasta que por fin el hombre aprenda que esto lo hace Dios con el objeto de atraerse á Su amoroso corazón á aquél que creó á Su imagen y semejanza.

3. En tercer lugar: Dios ha manifestado Su amor, perdonando al pecador cuando éste se arrepiente.

En el capítulo 55 de Isaías, en el versículo 7o. se leen estas palabras: "Deje el malo su camino, y el hombre inícuo sus pensamientos, y vuélvase á Jehová, el cual tendrá compasión

de él, y á nuestro Dios, porque es grande en perdonar." He aquí el camino que Dios en Su infinito amor nos señala, perdona nuestros pecados tan pronto como nos arrepentimos de ellos; ó, en términos más claros, está siempre listo para recibirnos, no como los infractores de Su ley, sino como el padre amoroso recibe al hijo que perdido estaba.

La parábola del hijo pródigo esclarece este punto admirablemente. Un padre tenía dos hijos. Cuando ambos llegaron á edad, conforme á la petición del primero, le dá el padre á éste lo que le pertenece de sus bienes. En lugar de quedarse en el hogar paterno, emprende el viaje á un país lejano, para allá, lejos de su padre y de la influencia de aquél, dar rienda suelta á las pasiones que tiempo hacía ya devoraban su pecho; pero que por estar bajo el dominio paternal no podía hacerse esclavo de ellas. ¿Qué hace una vez que ya se vé libre?—Su voluntad. ¿Cuáles son los resultados?, la parábola nos lo dice: Cuando había acabado con toda su herencia, la miseria lo lleva al estado más humillante posible. Tiene que servir como el más vil criado, apacentando cerdos. Su hambre devoradora lo impele á

que la sacie con las sobras más sucias de los puercos. ¡Imaginaos por un momento este cuadro! Un joven de excelente familia, que siempre tuvo todo en superabundancia; mecido en cuna de oro y vestido en riquísimas telas, con un sinnúmero de criados á su mandato y una posición social inmejorable: todo debido á su padre. ¡Vedlo ahora cubierto de harapos, con frío, comiendo los desperdicios del animal más inmundo, y humillado por no servir para otra cosa más que para cuidar de estos animales! Los recuerdos de mejores días, cuando en su hogar gozoso disfrutaba de todas las riquezas de su padre, lo hacen volver en sí, y se decide á levantarse y volver á su padre. Ha comprendido lo mal que ha hecho en seguir las inclinaciones de su corazón que eran contrarias á la sabia voluntad del autor de sus días; por lo mismo, contrito y arrepentido se encamina en busca del perdón. "Me levantaré, é iré á mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo, y contra tí; y ya no soy digno de ser llamado tu hijo; házme como á uno de tus jornaleros. Y levantándose vino á su padre. Y como aún estuviese lejos, le vió su padre, y fué movido á mise-

ricordia; y corriendo á él, se derribó sobre su cuello y lo besó. Y el hijo le dijo: Padre, pecado hé contra el cielo, y contra tí: ya no soy digno de ser llamado tu hijo. Más el padre dijo á sus siervos: Sacad el principal vestido, y vestidle; y poned anillo en su mano y zapatos en sus piés; y traed el becerro grueso, y matadle; y comamos, y hagamos banquete; porque este mi hijo muerto era, y ha revivido: se había perdido, y es hallado. Y comenzaron á hacer banquete."

En esta sublime parábola vemos por qué Dios sólo perdona al que se arrepiente. El hijo pródigo es el hombre, su herencia son todas las grandes facultades con que Dios lo ha dotado; el país lejano, es el estado en que el hombre, sin Dios y sin esperanza en el mundo, se encuentra, y, las circunstancias que lo llevan á la indigencia y humillación, son los malos usos que ha hecho de las facultades superiores que Dios le dió, hasta que por fin mira todo lo malo que ha hecho, siente las punzantes espinas del pecado, se levanta y va á su Padre Celestial. La acción de levantarse é ir á su Padre constituye el "arrepentimiento." Y así como el padre de la parábola no podía

perdonar abrazando y besando á su hijo, de la misma manera no puede el Padre Celestial hacerlo sino hasta que el hombre viene á su Padre Celestial por medio del arrepentimiento, le pide perdón de sus faltas y se decide de ese momento en adelante á hacer tan sólo la benéfica voluntad de Aquél que es amor.

Si Dios no perdonase al hombre aunque éste se arrepintiese escasamente podríamos afirmar que El es amor; pero como está pronto para recibir al pecador que se arrepiente, como vimos en el versículo 7o. del capítulo 55 de Isaías, muy bien podemos decir que: en tercer lugar Dios ha manifestado Su amor perdonando al pecador arrepentido.

4. Por último: Dios ha probado Su amor dando á su Hijo Unigénito para que muriese en lugar nuestro.

En el capítulo 4o. de la 1a. Epístola de San Juan, en el versículo 10o. leemos: "En esto consiste el amor, no que nosotros hayamos amado á Dios, sino que El nos amó á nosotros, y envió á su Hijo para ser propiciación por nuestros pecados." El amor es medido por el sacrificio. ¡Y qué sacrificio más grande podía hacer Dios que dar á su Hijo para que muriese

por un mundo pecador! ¿Quién es el padre aquél que estuviese pronto á dar á su hijo, á su único amado hijo, para que con manos crueles lo crucificaran en lugar de un abyecto criminal que merecía bastante una muerte tan vergonzosa? Dios mandó á Cristo, quien jamás había conocido pecado, á que viniese desde Su más encumbrado trono á tomar un cuerpo humano naciendo en un miserable pesebre, desalojándose por el presente de toda Su gloria real para vivir entre las clases más humilles de la humanidad, trabajando como un miserable jornalero para ganarse el pan y el de Su familia, con el amargo sudor de Su frente. Todo esto, para mostrarle al mundo Su amor sin límites; y, por último, el que jamás había pecado, es azotado por manos viles, escupido en el rostro, por insolentes inhumanos, mofado hasta el extremo y luego, cuando ya tan cobardemente se habían saciado, después de haberle hecho las más ignominiosas ofensas, lo hacen subir con pesada y brusca cruz á la cima del Gólgota, donde, en medio de dos bandidos, despedazando Sus manos y Sus piés con atormentadores clavos, lo crucifican: todo esto porque Dios quiso que Jesús, el Hombre

Dios y el Dios Hombre, por lo mismo sin mancha de pecado, muriese en vuestro lugar y en el mío, para que nosotros pudiésemos ser perdonados por medio del Señor Jesu-Cristo que murió en el madero perdonando á Sus malhechores!

Cerrad los ojos por un momento, concentrad vuestra imaginación en este imponente y doloroso cuadro; dejad que vuestra alma dé toda su expansión á sus más tiernos y nobles sentimientos y, decidme luego, si Dios podía dar una prueba más grande de Su amor.

Con gran razón nos enorgullecemos de nuestros héroes y con alegría cantamos sus hazañas, por haber estado prontos á derramar la última gota de su sangre por la Patria; dándole á esta tan sólo independencia temporal, que se acaba con los días de los hombres; pero aquí está Uno, más grande que todos los hombres, tan perfecto como el mismo Dios, que vino y murió con muerte afrentosa para que vosotros y yo no muriésemos y para que Su sangre, derramada en el Calvario, lavándonos de toda iniquidad, nos hiciera eternamente libres de la ley del pecado y de la muerte. No sólo eso, sino, como el Hijo Unigénito del Pa-

dre Celestial, se levanta victorioso de entre los muertos para que nosotros no cantásemos á un Redentor crucificado, muerto y sepultado; sino á un Salvador viviente, que en el momento que lo aceptamos como tal, viene, por medio de su Santo Espíritu, á hacer morada en el corazón creyente, para que podamos decir con Pablo: "Porque la ley del Espíritu de vida, en Cristo Jesús, me ha hecho libre de la ley del pecado y de la muerte."

Por todo esto vemos que Dios ha probado Su amor no solamente creando al hombre á Su imagen y semejanza; castigando el pecado tan pronto como apareció en el mundo, y por toda la eternidad, si necesario es; perdonando al pecador cuando éste se arrepiente; sino que también ha probado Su infinito amor, dando á Su Hijo Unigénito para que muriese en nuestro lugar y para que vosotros, aceptándolo de las maneras ya mencionadas, volviéseis al paraíso perdido.

II.

¿Cuál es nuestro deber?

En la primera parte de este discurso y en sus cuatro subdivisiones, claramente vimos

como nos ha manifestado Dios Su amor. Ahora, en vista de esto, ¿cuál es nuestro deber hacia este Dios que es amor?

1. Primero debemos aceptar Su amor.

Escasamente puedo yo creer que exista humano alguno que después de haber comprendido no solamente con su intelecto, sino también con su corazón que Dios lo ha amado tanto, vaya á rechazar este amor. En efecto, no puede haber pecado más grande que éste. El Dios del cielo y de la tierra, ese Ser infinitamente Sabio, Santo y Bueno condesciende á venir hasta nosotros, pobres átomos, diminutos insectos de la creación, á ofrecernos Su amor paternal en cambio de nuestro amor filial. Viene á proponernos por medio de Cristo, Su Hijo amado, á que vengamos á ser príncipes de la familia real del Rey de los Reyes, á que recibamos todos los resultados derivados de esto; á que no marchemos, con frente doblegada, por el mundo como tristes huérfanos; pero que realicemos que cruzamos esta tierra como aves de paso, porque nuestra ciudadanía está en otra esfera y nuestro reino no es de este mundo. ¡Hijos pródigos, volved á vuestro dulce ho-

gar, aceptando el amor de Dios ofrecido en Cristo Jesús nuestro Señor!

2. En segundo lugar debemos devolver amor, ó como dice San Juan en su primera Epístola, capítulo 4o., versículo 19: "Nosotros le amamos á El, porque El primero nos amó."

Alguien ha dicho que el amor engendra amor, y si esto es cierto, entonces el amor de Dios debía despertar en el corazón humano un amor tan profundo que llevara al sacrificio.

Si el amor á la Patria ha hecho de tantos hombres débiles, indomables caudillos en el campo de batalla, ya sembrado de múltiples cadáveres; si los ha llevado hasta al mismo suplicio, ¿cuánto debía el amor de Dios inspirar al hombre á devolver amor por amor?

Pero alguien preguntaría: ¿Qué significa amar á Dios? A lo que Cristo responde—"Si me amáis, guardad mis mandamientos".—

¡Qué círculo tan admirable se presenta entónces aquí! Amar á Dios significa acatar Su ley divina, y ya vimos antes que esto á su vez, nos lleva á la perfecta felicidad, porque estamos nuevamente en armonía con el Altísimo;

en otras palabras, amar á Dios significa nada menos que tomar una actitud filial hacia El, en cambio de la paternal de Dios; y así como el hijo goza de todos los bienes de su padre, de la misma manera el creyente viene á gozar de todas las bendiciones de Jehová: su amor á Dios redunda á su propio bien, así como la vuelta del hijo pródigo á su hogar fué para su propio beneficio. He aquí la razón por qué al hombre que no encuentra su deleite en la Santa ley del Todopoderoso, es llamado insensato; se está perjudicando á sí mismo. Devolvamos pues amor por amor, inspirados en lo que Dios ha hecho por nosotros.

3. Por último: Nuestro deber, en vista del sinnúmero de maneras con que el Padre Celestial nos ha manifestado Su amor, es someternos absolutamente á El.

Este es el secreto de victoria en la vida cristiana. No gozamos de todos nuestros privilegios como hijos del Omnipotente, sino hasta que hemos descubierto, muchas veces con amargas experiencias, que la potencia divina solamente viene á nuestros corazones cuando estos están por completo sometidos á Dios por medio de Jesu-Cristo. ¿Qué quiere

decir esta frase "por medio de Jesu-Cristo"?—Quiere decir que siendo Cristo el que personifica á Dios entre nosotros, necesitamos posesionarnos por completo de todos los tesoros que en la Santa Bíblia, El por medio de Su Espíritu nos ha dado; esas Sus doctrinas que en conjunto expresan Su personalidad; significa seguir á Cristo por este camino trazado, con el corazón abierto para recibir Su influencia dvina ejercida en nosotros por las enseñanzas que hemos aceptado como los principios fundamentales de nuestra vida; digo fundamentales porque son los que norman todos nuestros sentimientos y todas nuestras decisiones. "Por medio de Cristo" es equivalente, entónces, á "En Cristo Jesús," tan unificados á El que Dios nos considera en Cristo porque en verdad en El nos encuentra, saturados de Su Espíritu, empapados de Su doctrina y teniendo por lo mismo no más voluntad propia sino la de Cristo que es la misma de Dios.

Cuando hemos cumplido este deber: Someternos por completo á El, no necesitamos argumento alguno que nos convenza de que Dios es amor. Es entónces nuestra misma experiencia la que sonando las más dulces fibras de

nuestra alma, nos hace cantar con los ángeles y arcángeles la más armoniosa canción celestial; esa que sin duda és la nota que ha inspirado toda la belleza en los cielos y la tierra y hasta en las mismas profundidades del océano, la que hace cantar quizá á los mismos gigantes mundos en unísono: ¡Dios es amor!

¡Si, regocijaos con gozo inefable y lleno de gloria; decid á todo humano que Dios ha probado Su amor, creando al hombre á Su imagen y semejanza; castigando invariablemente á su peor enemigo, que es el pecado; perdonando al que verdaderamente se ha arrepentido; dando á Su Hijo Jesu-Cristo para que muriese en vuestro lugar! ¡Decidles que por todo esto, vuestro deber y su deber es; aceptar Su amor; devolver amor con amor y someterse eternamente á la voluntad de Aquél que es amor!

II

El Reino de Dios

Texto:

Venga Tu Reino.

San Mateo 6: 10.

En este corto pero hermoso texto se nos presenta el completo significado de la venida de Cristo al mundo. Aquí también se encuentra expresado Su grande amor al hombre.

El vino para que el mundo fuese tan hermoso como ese lugar celestial en donde la voluntad de Dios reina suprema, ese lugar llamado cielo. Su amor por los hombres fué el que lo hizo que les enseñara á orar: Venga Tu Reino, y que desearan con ardiente anhelo

que esta plegaria fuese contestada. Sí, que viniese al corazón de los hombres y que su efecto fuera sentido hasta por el mismo mundo físico; que éste manifestara su gran regocijo por medio del bellísimo matiz de las flores y el perfume de éstas al ver que el señor de la tierra, el hombre, estaba nueva vez en armonía con su Creador.

¿Os habeis detenido á meditar alguna vez en la grandeza del hombre; habeis pensado que el hombre es la flor de la creación, la obra más excelente del Creador? Dios creó al hombre á su imagen y semejanza.

¿Qué hay en el mundo que lleve la imagen de Dios tan claramente grabada como el hombre? Exquisita hermosura muestra la ignorada florecilla que con abiertos pétalos busca el brillante sol para ser besada por sus rayos. Su dulce perfume se eleva al Cielo como una prueba de gratitud al que le dió su existencia. Mas ella no lo sabe. Es el hombre á quien le gusta pensar en el perfume de la flor como una prueba de gratitud de ésta á su Creador. Allá en la espesura canta un pájaro con tales trinos que el hombre no puede imitar. ¿Canta acaso tan melodiosamente por-

que el sol brilla radiante y las flores engalanan la pintoresca pradera y el arroyuelo se desliza tan apaciblemente? El no lo sabe; es al hombre á quien le agrada pensar que tales son las razones. Los últimos destellos de la tarde se van lentamente apagando en el Ocaso. La flor, la hermosa flor no exhala más su perfume; el dulce cantor se ha callado porque duerme, al dejar caer su oscuro cortinaje la majestuosa noche. Una tras otra comienzan las estrellas á tachonar la frente de la tarde. Ahí á la derecha está Venus, la que nos recuerda á Aquel que dijo: "Yo soy la resplandeciente estrella de la mañana." No hace mucho que esa estrella que hoy vemos por la tarde fué la precursora de la mañana. Esa es la que con su belleza inspiró á Cristo á compararse con ella. Pero Venus con toda su gloria no puede pensar como lo hace el hombre, aunque los cielos declaren la gloria de Dios. El hombre no solamente piensa sino también razona, y no solamente razona sino que también tiene poder para elejir y para amar. El hombre está dotado de intelecto, sensibilidad y voluntad. El es quien vé la hermosura de la flor y puede apreciarla; él es quien oye el

canto de los pájaros y encuentra inspiración que eleva su alma. Y, es el hombre á quien las estrellas hablan de la gloria de Dios y él puede comprenderles.

¿Qué puede el hombre hacer, de cuánto es capaz? El puede hacer que el rey de los animales haga su voluntad; puede someter la reina de las aves á su mandato; puede hacer que dos potentes oceanos se unan mientras dos continentes se despiden.

Una vez en la historia de la humanidad los oceanos quisieron probar al hombre su grandeza separándolo de su hermano, amenazando furiosamente al que se atreviese á surcar sus embravecidas olas; pero sonó la hora del progreso y el hombre, rey también de los mares y oceanos, transformó estas mismas altaneras olas en sus humildes vehículos que lo llevaron sano y salvo á encontrar un nuevo mundo.

¿De qué es capaz el hombre? Puede también usar las invisibles corrientes eléctricas para que lleven su palabra á otro continente! Puede hacer lo que ningún otro ser, en la entera creación conocida, pudo lograr! Es supe-

rior á todos los demás seres. El es el rey de la creación.

Sin embargo, todas las penas, toda la miseria, y todo el innecesario dolor han sido traídos á este mundo por el hombre. El hombre ha pecado y está destituído de la gloria de Dios. Su desobediencia á la ley divina, expresada en las Santas Escrituras, lo ha separado de su Creador; ha destruído la divina armonía que una vez, allá en el paraíso terrenal tuvo, con Jehová.

Los hombres han preferido tener sus propios gobernantes, no obstante que con frecuencia son crueles é ignorantes, en lugar de hacerse siervos del Rey Omnisciente, y de tenerlo á El como su soberano. Más aún, los hombres se han hecho siervos del pecado; como dijo el Señor Jesu-Cristo: "El que comete pecado, siervo es del pecado." Por eso Jesús, viendo este tan triste cuadro del mundo, mirando los rostros de aquellas multitudes, que parecían ovejas sin pastor, no pudo menos que orar con todo el ardor de Su corazón: "Venga Tu Reino." El significado de "Venga Tu Reino": es "sea hecha Tu voluntad así en la tierra, como es hecha en el cielo."

Cristo, con Su penetrante vista divina, miró al cielo y ahí percibió perfecta hermosura, armonía y amor; El podía también oir los coros de ángeles y arcángeles cantando, podía sentir el glorioso deleite divino, todo como el resultado de la voluntad de Dios ahí hecha. Luego después miró ála tierra y descubrió los terribles resultados del pecado, de la desobediencia á Dios, de no estar en armonía con El, y con el corazón hecho girones, con profunda compasión y amor nos enseñó á orar en las palabras de nuestro texto: Venga Tu Reino. Sí, que los hombres puedan tener la gloria dentro de sí, y que todo el universo se regocije con los hijos de Dios; que los ángeles y arcángeles digan: "He aquí, el tabernáculo de Dios con los hombres, y El mora con ellos; y ellos son Su pueblo."

Es casi innecesario dar otras razones más por las cuales se debía desear que el Reino de Dios viniese. Después de todo lo que se ha dicho, se debería muy ardientemente orar como Jesús enseñó; sin embargo, expondré tres razones por las cuales se debe desear que Dios reine soberano.

I. Es de anhelarse que Dios gobierne el mundo, porque El es infinitamente sabio.

Esa pequeña é ignorada florecilla, con su dulce perfume y admirable hermosura, está predicando un maravilloso sermón sobre la sabiduría de Dios. ¿Qué hombre hay que pudiera hacer una flor igual á esa? ¿Quién le podría dar ese azul color de cielo, la misteriosa vida que la hace dirigir su tallo hacia la luz para ser acariciada por los rayos del sol? Ante nosotros podríamos tener todas las sustancias químicas necesarias para formar la flor; pero ¿quién es aquel que pudiera reunirlas de modo que produjeran el resultado deseado? La sabiduría del hombre no ha llegado hasta allá—la sabiduría de Dios es más que suficiente.

Ahora, levantad vuestros ojos al augusto firmamento tachonado de estrellas. Deteneos á meditar por un sólo momento cómo están arregladas, de modo que majestuosas marchan por los espacios sin fin del universo, en órbitas trazadas por manos sapientísimas; marchan armoniosamente sin chocarse la una con la otra, á menos que vayan á formar un satélite más ú otro planeta.

¿Podríais haceros cargo de esa grande obra, de dirigir los pasos de tan gigantes mundos? Es vuestra sabiduría suficiente para guardar el universo en perfecto orden como Dios puede hacerlo? —¡La sabiduría de Jehová es más que suficiente para ello! El supo como crear los mundos, y como sostenerlos, gobernándolos con leyes perfectas. El nada, de lo que tiene que ver con la florecilla, ignora; el pajarillo no puede caer al suelo sin que el Padre Celestial lo sepa; y no hay luna, sol ó estrellas que estén fuera del conocimiento de Aquel que es omniscente.

Vimos que el hombre es lo mejor que Dios ha creado en la tierra, que él es la flor de la creación, y esto, porque El lo creó á Su imágen y semejanza. Así lo quiso Dios, para que él fuera el rey del planeta que le dió. El fué suficientemente sabio para crearlo de modo que pudiese desempeñar su misión real; y al principio del sermón relatamos algo de lo que el hombre ha sido capaz de hacer.

¿Ahora, si Dios es el creador y sostenedor del univrso, inclusive del hombre, ¿no pensais que El tendría suficiente sabiduría para gobernar el mundo, la humanidad, para el per-

fecto bienestar de ésta? Si el hombre no ha probado ser un gobernante tan sabio como Dios, entonces debe orar con profundo anhelo porque el Reino de Dios venga. Si el hombre no ha sido suficientemente sabio para volver á la fuente divina de donde procedió, que admita cuando menos que Dios, su Creador, sabe cómo levantarlo hacia El mismo; porque ahí será en donde el hombre encontrará el origen de su ser, hallará su paz, su gozo, su cielo.

II. Dios no solo es infinitamente sabio, es infinitamente capaz de llevar á cabo su propósito, esto es, no solamente sabe lo que debe hacer; sino que también puede hacerlo. Si, lo puede, para el bien del hombre y para Su propia gloria; es suficientemente potente para gobernar.

Prácticamente esto ya se había expresado en el punto anterior del sermón, mas tan solo lo repito para aclararlo mejor.

Dios no creó el universo y luego lo abandonó á que se gobernara solo; como si éste fuera algo separado de su Creador. Dios no puede estar fuera del universo, porque éste

es tan sólo Su manifestación material. El se encuentra identificado con todo lo que existe, como Cristo dijo: "Mi Padre hasta ahora está obrando, y yo obro." Dios está continuamente obrando, continuamente ejerciendo Su potencia; en todas partes podemos ver cómo puede poner en práctica Su sabiduría.

¡Cuántas cosas sabemos nosotros que debemos hacer, y sin embargo, no las hacemos, porque no somos capaces! Sabemos, por ejemplo, que para nuestro propio bien debemos amarnos mutuamente; que de este modo vendríamos á efectuar una gran unión, y la unión hace la fuerza; pero no lo hacemos, ¿por qué?—¡No podemos! Sabemos que debemos alejarnos del pecado y seguir tras el bien, para encontrar la verdadera felicidad; pero no nos es siempre posible llevarlo á cabo.—¡No somos capaces, no podemos! Los filósofos podían dar admirables teorías sobre lo bueno, lo bello, etc.; pero ¿cuántas veces eran sus teorías superiores á sus prácticas?

Dios es capaz de gobernar al mundo conforme á Su infinita sabiduría, para el bien

de la humanidad y para Su propia gloria. La gloria de Dios es la manifestación de Sí mismo.

Así que, Dios es suficientemente hábil para gobernar de modo que los hombres, los ángeles y los arcángeles se regocijasen viendo á Dios en toda Su gloria.

¡Cuán diferente sería entonces esta tierra si Dios pudiera reinar en el corazón de los hombres como reina en el cielo! ¡Oh, en coro repitamos la magnífica plegaria del Cristo del Calvario: Venga Tu Reino!

III. La última razón que deseo presentaros es que Dios es suficientemente bueno; Dios es amor.

¡Ah, la revelación más grande que el hombre ha tenido de Dios es, que El es amor! Sí, es una revelación, porque la Naturaleza con todas sus maravillas jamás hubiera podido inspirárnosla. Jesús no solamente nos dice que Dios es amor, pero lo probó con Su venida y con su crucifixión. "Porque Dios amó tanto al mundo que haya dado á Su Hijo unigénito para que todo aquel que en El crea, no se pierda, más tenga vida eterna."

Ah, si Dios nos ama tanto, ¿nos haría aca-

so algún mal una vez que le permitiésemos regir, hacer Su voluntad en nuestros corazones?

Una muger que tenía un hijo pródigo, había sido instada varias veces por un ministro á que diese su corazón al Señor; esta lo rehusaba siempre diciendo que no sabía á donde le llevaría la voluntad de Dios. El pastor entonces le replicó; si su hijo viniese á Ud. y le dijese, "madre mía, he sido muy desobediente; pero ahora me arrepiento y vengo implorando su perdón y sus consejos para yo seguirlos; una sola cosa le suplico, y esa es, que no me dé consejos que me conduzcan á la desgracia." —¿Qué contestaría Ud. á esto, mi buena muger? Ella, con los ojos arrasados en lágrimas le contestó: ¡Ah, señor pastor, yo lo recibiría con los brazos abiertos, le perdonaría todas sus faltas y le daría aquellos consejos que lo llevasen á la felicidad!—¿Es Ud. mejor que Dios?, interrogó el ministro.

¡Cuán cierto es que el hombre parece tenerle miedo á Dios!; ¡no quiere hacer su voluntad porque cree que si la hace, ésta lo

llevaría á la ruina! No sabe que Dios es suficientemente sabio para darle lo que necesita para ser verdaderamente feliz; El es suficientemente potente para poner en el corazón del hombre esa fuerza que lo lleve á la completa adquisición de sus ideales; que El es suficientemente bueno, que es amor, para recibirlo con toda la ternura, como Su hijo amado, en este Su Reino; el cual consiste en que Cristo, que es la encarnación de la voluntad divina, venga á reinar en su corazón.

¿Ahora, mi buen lector, queréis dar vuestro corazón á Dios? No basta solamente orar con los labios: "Venga Tu Reino," sino que tiene el hombre que permitir que el Reino de Dios, el régimen de Dios, la voluntad de Dios, sea hecha en su corazón como es hecha en el cielo.

Cristo dijo: "El que me recibe á mí recibe á Aquél que me envió." ¿Por qué decía eso? —Porque El, Cristo, es la personificación de la voluntad de Dios. Recibid á Cristo y recibiréis á Dios; y recibir á Dios es recibir Su Reino y entonces las palabras de nuestro texto, esa hermosa plegaria que Jesús ense-

ñó, habrá sido contestada en vuestro corazón, y como de la plenitud del corazón habla la boca, oraréis también con el divino Redentor: Venga Tu Reino. Amén.

III

Cristo y Su Obra

Texto:

Nosotros todos, como ovejas, nos hemos extraviado; nos hemos apartado cada cual por su propio camino; y Jehová cargó sobre El la iniquidad de todos nosotros.

Isaías Cap. 53, v. 6.o

Por vía de introducción permitidme relatar la siguiente historia, que servirá para esclarecer el primer pensamiento que deseo grabar, tanto en vuestra mente como en vuestro corazón.

Era una de esas hermosas tardes de verano en que el ambiente está cargado de calor y de perfumes de flores. Los pájaros cantaban y

piaban alegremente en el follaje de los árboles, mientras el astro rey, majestuoso, descendía lentamente á su tálamo en ocaso. Los rayos comenzaban á cambiarse en hebras de oro, y las pequeñas nubecillas que, cual gasas de crespón flotaban en el cielo, teñíanse también de oro al bañarse en su luz.

El cielo y la tierra parecían afanados en atraer, no solo la contemplación, sino también la admiración del ojo y del corazón humano.

Más allá del tupido bosque, al descender de una hermosísima colina, un pequeño río de apacibles aguas pasaba acariciando dulcemente las rocas, la margen de fina arena, y la pradera de matizado cesped. En sus aguas flotaba una barquilla, dentro de la cual había un hombre, que parecía estar enajenado con tanta hermosura.

Sus ojos se detenían aquí y allí, admirando el paisaje tan sublime, aspirando el embriagador perfume de las flores y deleitando su alma con el alegre piar de las avecillas. No hace uso de los remos, deja que la barquilla sea arrastrada apaciblemente por la corriente de las aguas. En esos momentos, su cabeza no

piensa más que en lo que le rodea; su corazón no está impresionado más que con las galas de que la naturaleza mudamente hace alarde; todo su sér está absorto en lo presente. Ni siquiera se preocupa de lanzar una mirada más allá de las praderas que, en estos momentos se presentan ante su vista. No puede: su espalda está hacia el lugar adonde su góndola lentamente se dirige.

De pronto, como trueno aterrador salido de un límpido cielo, se oye un grito. No es el hombre que boga el que lo ha lanzado sino otro que, con rostro en el que se dibujaba el terror y la desesperación, llama con inquietud tenaz desde una de las colinas á los pies de las cuales se desliza el río, al hombre que absorto en la barquilla se halla: "No sigais; detened vuestra barquilla y retroceded, porque á poca distancia hay una gran catarata que os destruirá inevitablemente."

El hombre de la góndola oye la voz, de pronto se alarma y torna su rostro al frente; pero como nada divisa, á no ser más hermosura, allá en lontananza, desprecia la voz que le había inquietado, y deja que la corriente lo arrastre más despreocupado que nunca.

El hombre de la colina vuelve á gritar, pero esta vez no logra ni siquiera hacer que se le atienda. Repite su llamada dos ó tres veces más, pero nada consigue.

La barquilla avanza con más velocidad, nuestro amigo, el que está en ella lo nota y torna su rostro al frente, pero nada descubre.

La velocidad se multiplica, y con ella la inquietud de nuestro héroe. Se decide á retroceder, pero no puede.

Mira hacia el frente y divisa allá, no muy lejos, la afluencia de otros ríos. En las ondas del aire viene un sonido, y ese sonido lo produce el torrente de agua al descender de una gran altura para hacerse pedazos en las rocas del abismo.

Con todas sus fuerzas quiere librarse de la veloz corriente; pero en vano, es muy tarde.

Ni el canto de las aves, ni los tintes de nácar y púrpura del cielo, ni las galas de montes y praderas atraen la atención del navegante.

En su rostro hay lo que revela horror y amargura, la desesperación y el martirio.

Pocos momentos pasan. El ruido de las

aguas aumenta, se trueca en estruendo. Otros minutos más, y en su furiosa carrera y descenso, lanzando gritos medio ahogados por el agua y su estruendo, rueda en su barca para no volver jamás el hombre insensato que obedecer no quiso la voz que le anunciaba el peligro.

La historia será cierta ó no, pero de lo que sí no hay duda es, que el hombre mundano, embelesado con los vanos placeres ó trabajos de esta vida, como el hombre de la barca, marcha despreocupado sin atender á los gritos de su misma conciencia, del que predica la Palabra, y de la misma Palabra de Dios, que le dicen: "Si no retrocedes del camino por que vas, si no te ocupas tanto de tu alma como de tu cuerpo, si no te arrepientes de tus pecados y vienes al Señor Jesu-Cristo perecerás para siempre en el tremendo abismo."

Las Santas Escrituras nos declaran en Isaías, 53:6 que: "Nosotros todos, como ovejas, nos hemos extraviado; nos hemos apartado cada cual por su propio camino," y sin embargo seguimos "nuestro camino" sin detenernos á meditar la justa acusación. Detengámonos hoy!

El divinamente inspirado profeta compara la humanidad con un rebaño, donde cada hombre es una oveja.

El, sin duda alguna, había visto en los campos de su pueblo, salir al pastor con su rebaño. Sus ovejas lo conocen, lo siguen y él las lleva á la campiña esmaltada, en donde éstas pueden encontrar el más excelente pasto.

Poco á poco el rebaño se aleja del buen pastor. Tanto así que no oye su llamada. Más tarde, las ovejas en busca de pasto ó más bien por capricho, se apartan una de otra, "cada cual por su propio camino." Esta se aleja hasta la distante roca, la otra trepa á la montaña, la otra desciende á la excavación. Todas están extraviadas; cada una separada de la otra. Y la noche llega. Inútilmente, con voz acongojada, llama el pastor á su rebaño. Este está muy lejos para oirlo. En vano corre tras una y otra; todas están separadas.

Los refulgentes rayos del sol de primavera comienzan á entibiarse. Dentro de poco el astro germinador se hundirá tras las altas montañas, permitiendo, después que los hermosos arreboles de la tarde se hayan apagado lentamente, que la noche, con su brillante

lucero en la frente, envuelva en su manto negro los lugares solitarios en donde las ovejas morirán sin duda desgarradas por los animales feroces. De tal manera nos describe la primera parte del versículo.

Todos extraviados, todos apartados, muy lejos del Pastor. Tan lejos, que ya no podemos ni oir su dulce y amorosa voz que nos llama, para dirigirnos por el buen camino, para llevarnos á los ricos pastos en donde alimentemos nuestras almas. ¡Cuántas veces nos ha hablado y no lo hemos atendido!

Nos ha hablado en medio del dolor, en las altas horas de la noche cuando á solas sufríamos, agobiados bajo el enorme peso de la desesperación y del delirio; cuando nuestros ojos arrasados en lágrimas contemplaban el inmóvil cadáver de aquel sér amado, cuando nuestros labios temblorosamente balbuceaban el último adios y nuestra mano buscaba la que en otros tiempos acostumbraba á estrechar la nuestra; esa mano querida, hoy aún más fría que la muda é insensible piedra que cubre su fosa! Ahí el Pastor nos habló! ¿No lo oísteis? ¿Ya os habíais apartado tan lejos? No sólo os habló, sino que se acercó á

vuestra alma herida y con ternura indescriptible derramó el bálsamo de consuelo que os dió fuerza y valor. Más aún, levantó la cortina de la eternidad y os mostró la mansión hacia donde vuestro sér amado había tendido el vuelo, y.....entonces, al ver que se hallaba mil veces mejor, no sólo os conformásteis, sino que os sonreísteis al contemplar su estado. Sí, os habló, os tocó. ¿No le oísteis? ¿No lo sentísteis? ¡Oh, extraviadas ovejas!

Otros hay á quienes habla no sólo en el dolor y la alegría, sino también en la prosperidad, y de multitud de maneras deja que su voz suene en las más ocultas cámaras de nuestra alma y que su eco nos persiga para siempre!

Para mí, el momento más triste, se me figura, será cuando recordemos cómo nos habló á tiempo, sin nosotros hacerle caso. Como el hombre que en el río navegaba, nos dejamos llevar por la corriente.

El río de la vida en sus olas os envuelve. Los placeres y oropeles de este mundo, como los pintorescos paisajes á la orilla del río, cautivan vuestra atención, y cuando queráis retroceder es ya muy tarde. Escuchad su llama-

da hoy, y volved á aquel que os ama tanto, al "que ha dado su Hijo unigénito para que todo aquel que en El crea no se pierda, sino que tenga vida eterna." Aunque es muy cierto que no hay uno que pueda decir: "Yo jamás he oido la voz de Dios llamarme," muchos hay sin duda que no han sentido la profunda necesidad de venir á Aquel que dijo: "Yo soy el Camino, la Verdad, y la Vida; nadie puede venir al Padre sino por mí."

En primer lugar, porque no aprecian, no comprenden la perdida condición en que se encuentran. Yo mismo era uno de esos miles que poco me preocupaba de la salvación de mi alma. En primer lugar, mi creencia era que si había un cielo y una gloria, ese cielo y esa gloria era para todos en general, comenzando por mí. Que yo necesitaba recibir, reconocer al Cristo Nuestro Señor como mi Salvador Divino eran cosas á las que poca importancia daba.

Así es que, lector amado, yo puedo simpatizar muy bien con vuestras propias ideas, si no estais aun convertido, y aunque en un sentido las respeto, mi deber es el de mostraros la verdad pura y completa del asunto, rogan-

do fervorosamente al Espíritu de Dios os haga no solamente comprenderme, sino también aceptar la única verdad, amoldando con ella vuestro carácter presente y futuro.

El santo profeta Isaías, inspirado por Dios, declara que todos, como ovejas, nos hemos extraviado. En otros términos, que estamos perdidos. Perdido, significa "privados de la gracia de Dios"; y "privados de la gracia de Dios," quiere decir, desterrado para siempre de esa gloria, ese cielo, esas mansiones celestiales en donde el amor tan sólo reina, en donde el pecado, cáncer y lepra que corrompe á la humanidad, no tiene cabida. Sí, porque el Cristo dijo á sus discípulos (no á las multitudes) á aquellos que creían en El, que lo seguían, y qe más tarde lo predicaron: "En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si no fuere así, yo os lo hubiera dicho; porque voy á prepararos un lugar.. para que donde yo esté, vosotros también esteis." Juan, Capt. 14:2, 3 vers.

Es un lugar preparado para los que han sido preparados, purificados por la fe en N. S. Jesu-Cristo.

Además, las S. Escrituras, la Biblia, nos

declara que Dios es Amor, y que Cristo es Dios; ó que es uno mismo. Jesús es la encarnación de Dios en el hombre.

Si Dios es amor y luz, es lógico que su reino sea un reino de amor, luz divina y bien, etc. Los súbditos de este reino tienen que someterse á sus leyes espontáneamente. Todos los que no quieran ni puedan someterse á esa ley divina de amor, luz, bien, etc., no pueden ni quieren pertenecer al Reino de Cristo, al cielo, á la gloria.

En S. Mat. Capt. 22.34-38, leemos:

"Mas cuando los fariseos oyeron que había hecho callar á los saduceos, se juntaron en un mismo lugar; y uno de ellos, intérprete de la ley, le preguntó tentándole:

"Maestro ¿cuál es el más grande mandamiento de la ley?

"Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todo tu entendimiento. Este es el PRIMERO y el más grande mandamiento."

Ahora, lectores queridos, decidme; si este es el primero y el más grande mandamiento ¿cuál supondríais que sería ó es, el más grande y primero de los pecados, entendiendo que pecado es la infracción de la ley? Contestad-

me sinceramente. ¿No es verdad que como yo y como cualquier oto, también juzgáis que el primero y más grande de los mandamientos?

Decidme entonces ahora: ¿Habeis amado al Señor vuestro Dios con todo vuestro corazón? ¡Si no lo habeis amado con toda vuestra alma y con todo vuestro entendimiento, habeis infringido el primer mandamiento y sois culpables del primero y más grande de los pecados! ¡Estais perdidos; sois unas pobres ovejas extraviadas en las escarpadas montañas del pecado, muy lejos del redil, muy cerca de la muerte! Como en el cuadro que del pastor describimos, el sol de la esperanza se hunde en el ocaso de la tumba. Las negras, densas y pesadas sombras de una lúgubre noche os asaltan, y allá lejos, en las ondas de un frío glacial que hiela hasta las médulas, viene una voz dulce y dolorida que os llama al redil, ahogada por el rugido del león tremendo que desea devoraros en sus garras. El uno es el bue Pastor, Cristo; el otro es satanás, el cruel enemigo de vuestra alma.

El Pastor os levantará en sus brazos oprimiéndoos amorosamente contra su pecho, diciendo dulcemente á vuestro oido palabras

de profundo cariño que enagenarán vuestra pobre y compungida alma. Curará las heridas, cerrará las cicatrices hechas por las zarzas y los abrojos que en la montaña escarpada del pecado os atormentaron. Cubrirá vuestra desnudez con su manto blanco de justicia; os sacará de las tinieblas horribles de la la duda, y llenará vuestra alma con esa luz pura y divina que los ojos del corazón necesitan para ver á Dios, amarlo y adorarlo.

El león rugiente, que es satanás, hará lo diametralmente opuesto.

¿A cuál de los dos os entregareis? ¿A Cristo, el Buen Pastor, ó al león, vuestro enemigo terrible?

Un joven, habiendo, sido preguntado si era cristiano, contestó que no lo era. El evangelista le interrogó si no le agradaría serlo, á lo que el joven contestó que sí.

"Entonces ¿por qué no se hace Vd. cristiano esta misma noche?" replicó el predicador.

"No tengo especial interés en el asunto," contestó el joven.

"¿Quiere Vd. decir que no tiene convicción de pecado?" dijo el evangelista.

"Sí," contestó él, "no tengo convicción de pecado, y poco me importa toda la cosa."

El buen predicador entonces le replicó: "Aquí en mi mano tengo un libro, la Biblia, que Dios ha dado para producir la convicción de pecado. ¿Quisiera que yo la usara en Vd?"

Medio sonriendo dijo que sí el muchacho, tomando asiento.

El evangelista abrió el libro en S. Mateo Capt. 22:37, 38 vers.

Cuando el joven hubo leído el versículo, le preguntó: "¿Cuál es el primero y más grande de los mandamientos?" El, por contestación, lo leyó de la Biblia. "Bien, si éste es el primero y el más grande de los mandamientos ¿cuál será el primero y el más grande de los pecados?" interrogó el predicador. A lo que el preguntado contestó: "no guardar el primero y más grande de los mandamientos."

"¿Lo ha guardado Vd.? preguntó el evangelista.

"No lo he guardado," dijo el joven.

"¿Qué ha hecho Vd. entonces?" dijo el que inquiría.

"He cometido el más grande pecado."

Al decir esto, con convicción de pecado á sugestión del evangelista, el joven junto con aquel se arrodilló y confesando que era un perdido pecador, arrepentido de sus culpas, esa oveja perdida encontró á su Pastor que hacía tanto tiempo la había estado buscando.

Vosotros que leéis estas líneas, convenceos también de pecado y haced lo que el joven hizo, y encontraréis salvación. Hacedlo en este mismo momento.

Todos, como ovejas, nos hemos extraviado, cada cual se ha apartado por su propio camino. Esta es tan sólo la primera parte del versículo, y yo creo que para este tiempo hemos visto claramente que tal aserción es la pura verdad; es un hecho.

La segunda parte del versículo dice: "Y Jehová cargó sobre El la iniquidad de todos nosotros." ¿Qué quiere decir esta segunda parte? "Y Jehová cargó sobre El la iniquidad de todos nosotros." ¿Quién es El? ¿A quién se refiere el profeta?

La Biblia, teniendo como tiene un origen divino, es completa, por lo cual en ella misma encontraremos la solución del problema que por hoy nos confronta.

Si tornamos al libro de los Hechos, capítulo VIII y á los versículos 34 y 35, encontraremos allí que el fiel apóstol Felipe nos declara que el profeta Isaías en el Capt. 53 de su mismo libro habla de Jesús el Cristo.

Con sus ojos de profeta mira allá á lo lejos, no en los vastos campos de la imaginación y del idealismo, sino en las regiones de la revelación divina, al través de los siglos, el cuadro triste y desgarrador de un Dios sufriendo las más cruentas torturas en su alma, mientras que su azotado cuerpo está clavado en una cruz.

El profeta lo divisa, lo comprende todo, y con filosófico laconismo escribe: "Y Jehová cargó en El la iniquidad de todos nosotros." Hé aquí el significado de la segunda parte de ese trozo de la Escritura.

La primera parte que nos enseña la necesidad que tenemos de la salvación; la segunda nos manifiesta la provisión que Dios hizo para nuestra salvación.

Primero viene la tremenda acusación, luego viene el abrazo fraternal de reconciliación por medio de Cristo Nuestro Señor.

Jehová dice; me habéis ofendido, me ha-

béis deshonrado con vuestros pecados, habéis puesto un dique entre vos y yo. Habéis saturado vuestra alma con la horrible lepra que odio—el pecado. Sí, la odio porque ha corrompido al hombre, que, cuando lo creé era tan puro como su Creador. La detesto porque es en contra de mi naturaleza santa. No la admito en mi reino porque la luz destruye las tinieblas.

¿Qué esperanzas quedan al pobre hombre para entrar al reino de los cielos, cuando se halla saturado, cubierto, manchado de lo que Dios repudia? El destino del pecado escrito está. El destino del que ama el pecado, prefiriendo seguir á éste en lugar de Dios, es irremisiblemente el mismo.

Además, el que esté en el pecado siervo del pecado es, pues Jesús dijo: "En verdad, en verdad os digo, que todo aquel que comete pecado, siervo es del pecado. S. Juan, Capt. 8:34 versículo.

¡Oh, miserable estado del hombre en la tierra!

Si nos detuviéramos á meditar esto con referencia á nuestras propias personas, sin

duda que terminaríamos diciendo: ¡Oh, hombre infeliz que soy! Quién me libertará de este cuerpo de muerte? Romanos Capt. 7:24 ver.

Lo más degradante para un hombre es ser esclavo, porque lo más sagrado del mismo es su libertad. Sin embargo, hay muchos que se jactan de ser esclavos porque les agrada serlo. Pero estos son los que han sido hechos libres del yugo tiránico de satanás y han venido gozosos á ponerse ellos mismos el yugo de Aquel que dijo: "Venid á mí, todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os daré descanso. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí.. etc..., porque mi yugo es suave, y ligera mi carga." S. Mateo Capt. 11:28-30 vers.

Pero este yugo es doble, semejante al que ponen á un par de bueyes; un extremo es para el que lo ofrece—Cristo; y el otro es para el creyente—el cristiano.

El yugo de satanás es el pecado, y éste es tan pesado que conduce al infierno. ¡Tan indisoluble que preserva su víctima hasta la eternidad! Martiriza tanto como el dolor más tremendo que alguna vez experimentamos, lo

multiplicáremos por infinito, y lo lleváramos hasta la eternidad.

Hé aquí débilmente el destino del que es "siervo del pecado."

¿Cuál es vuestro destino, oh lector, oh oyente querido? ¿A quién habéis estado sirviendo, en contra de vuestra misma voluntad tantas veces, desde vuestra tierna infancia?

Deteneos! Pensad! Contestadme! Rom. 6:23. "Porque la paga del pecado es la muerte." Muerte aquí quiere decir condenación eterna.

¿Habéis guardado el primero y más grande de los mandamientos? Todos, como ovejas, nos hemos extraviado; cada cual se ha apartado por su propio camino. Isaías 53:6, primera parte del versículo.

Rom. Capt. III:22,23 vers. "Porque no hay distinción, puesto que todos (el lector también) "todos" han pecado y "están" privados de la gloria de Dios."

Todo esto es muy cierto, la voz sagrada de nuestra misma conciencia lo aprueba, trayendo más terror y desesperación á nuestra perdida alma.

Pero mil veces alabado sea Jehová, porque á la par que declara nuestra ruina, declara nuestra salvación cuando dice; "Y Jehová cargó sobre El (Cristo) la iniquidad de todos nosotros."

Sí, el capítulo en donde leemos tan infinitamente consoladoras palabras, es la profesía que se refiere á aquel que hace mil novecientos años fué clavado y muerto en la cruz por mis pecados, los vuestros, y los del mundo entero.

El es el Redentor que con su propia sangre pagó la inmensa deuda, y rompió las cadenas bajo el peso de las cuales gemía la humanidad.

Los que aun son siervos es porque no han creído en la declaración de independencia que Jesu-Cristo bendito leyó cuando dijo: "¡Todo está consumado!" S. Juan Capt. 19:30 ver. ¿Qué estaba consumado? ¡La redención del mundo!

Lo único que restaba era que el mundo lo supiera, lo creyera y lo declarara.

Por eso, después de que victorioso se levantó de entre los muertos, probando con es-

te prodigioso milagro que El era y es Dios, no sometido á las leyes naturales sino que las leyes naturales están sometidas á El, porque El es el Señor del Universo entero, ya cuando su misión de 40 días entre los apóstoles había terminado, en la gloriosa montaña de Olivet, á sus discípulos, mientras en una nube se elevaba al Reino de su Padre, dijo: "Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. ID pues y haced discípulos entre todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles á "guardar todas las cosas que os he mandado," y hé aquí que estoy yo (soy yo) con vosotros siempre hasta el fin de los siglos" S. Mateo Capt. 28:18-20 vers.

"El que creyere y fuere bautizado será salvo; mas el que no creyere, será "condenado." S. Marcos Capt. 16:16 vers.

El mero hecho de creer, liberta al hombre. El mero hecho de "no" creer, lo condena.

Después de la guerra tremenda en la que tanta sangre se derramó en los Estados Unidos entre el Sur y el Norte por la libertad de los negros, cuando el grande y noble Lincoln

había consumado su obra con la declaración de independencia, muchos pobres negros que habían nacido esclavos siguieron siendo esclavos porque no lo creyeron. ¡Pobres miserables! Sus crueles verdugos aún los azotaban cuando querían, y ellos lo sufrían porque se creían esclavos.

Por el contrario, aquellos que lo creyeron, jamás volvieron á obedecer la tiránica voz de sus opresores, sino, que con grito de júbilo brincando y tirando sus sombreros al aire, repetían: "¡Me is free! ¡Me is free!"

Se cuenta que en cierta iglesia del Sur cuando en su púlpito apareció un hombre cuya misma consternación hacía que su voz fuera temblorosa, con ojos anegados en lágrimas y corazón inflamado, dijo: "Padres, vuestros hijos son libres." Y cuando el eco de su voz aún no moría en los ámbitos del edificio, toda aquella inmensa multitud negra que anegada en lágrimas le escuchaba, sabía que aquellas palabras significaban,

No más látigo! No más cruentas tareas! "No más infames castigos! Levantándose de sus asientos con las manos extendidas hacia el cielo y el rostro contraído por la pro-

funda emoción, con voz enronquecida por el llanto, frenéticamente, en tono que hubiera hecho estremecer los fríos restos de un muerto, gritaban: "¡Bendito sea mil veces el Todopoderoso!"

El orador decía de nuevo: "Hijos, vuestros padres son libres hoy y para siempre." La misma demostración se repetía, durando por algunos minutos.

"Hermanos, vuestras hermanas son libres!" les volvió á gritar. Más aun parecía aumentarse la emoción. Por último, dijo: "Hermanas, vuestros hermanos son libres hoy y para siempre!" "Hermanos, vuestras hermanas son libres del horrible y tremendo yugo de la esclavitud!"

Estos lloraban de gozo, porque creían; mientras los otros lloraban de angustia, porque no creían.

¡Ahora, yo os digo á vosotros: Hermanos, vuestras hermanas son libres de la horrible y afrentosa tiranía del pecado, hoy y para siempre; porque Cristo las hizo libres muriendo en su lugar! ¿Qué haceis? ¿Lo creeis? ¿Realizais la significación de lo que declaro?

¡Hermanas, vuestros hermanos son libres hoy y para siempre del mismo verdugo por la misma razón! ¿Lo creeis?

¡Oh, padres, despertad, que vuestros hijos son libres!

¡Oh, hijos, regocijaos con grande gozo, que vuestros padres tienen libertad!

"Todo aquel que creyere y fuere bautizado será salvo, mas el que no creyere será condenado."

Ya no digais: "¡Oh hombre infeliz que soy! ¿Quién me librará de ese cuerpo de muerte?" Romanos Capt. 7:24 ver.

Pero pasad al siguiente versículo del mismo capítulo y decid: "Doy gracias á Dios á causa de Jesu-Cristo nuestro (mi) Señor."

Ya no digais: "Porque los gajes (la paga) del pecado es la muerte." Rom. 6:23, pero terminad el mismo versículo que dice: "mas el don gratuito de Dios es la vida eterna, en Jesu-Cristo nuestro Señor."

Decid: es muy cierto que "nosotros todos, como ovejas, nos hemos extraviado," que "cada cual se ha apartado por su propio camino" pero tan cierto es como "y Jehová so-

bre El (no sobre mí) cargó la iniquidad de todos nosotros."

¿Ahora tendríais valor de pedir una prueba más grande del amor de Dios?

"Porque Dios amó tanto al mundo, que dió su Hijo unigénito, para que todo aquel que en El creyera no se pierda sino que tenga vida eterna."

Cierto hombre tuvo por muchos años una pobre águila atada de una pata con una dura cadena á una estaca en su jardín. Un dichoso día se le ocurrió devolver su libertad al pobre animal. El ave rey, por largos años, con triste anhelo y ya casi doblegada cableza, había año tras otro visto la brillantez de la primavera y del verano hundirse tras la esmaltada arboleda cercana.

Algunas veces la sombra de las otras águilas que por su cabeza se cernían, libres y soberanasen el espacio, habían venido á revivir en ella el instinto de volar, también ya casi muerto. Entonces, olvidando que era una pobre prisionera, ignorando la duda y pesada cadena que la detenía en tierra, intentaba volar. ¡Pero ay! en lugar e proporcionarse esa tan indecible dicha con sus alas, ellas

mismas le servían entonces para lastimar cruelmente su lacerado miembro y golpear sin piedad su mártir cuerpo al retroceder atraída por la cadena sobre el no tan suave clavo de hierro.

Con esta experiencia de tanto tiempo, el infeliz animal, cuando fué desatado por su amo, no voló. Este la tomaba y la aventaba al aire, pero ella temerosa de herirse como en días ya idos, volvía á su conocido lugar á refugiarse. Esto hizo su dueño con el águila hasta que se impacientó, dejándola desatada. De pronto, como inspirada al ver el alto sol que en el zenit reverberaba, los altos pinos y robles y la escarpada montaña que allá no muy lejos parecían á las nubes desafiar, la antes cautiva, sacudió sus anchas alas, fijó sus altivos ojos en el astro brillantísimo, y, dejando en el suelo la cadena que en otros tiempos había sido su martirio, tendió su vuelo á la región de las nubes á reunirse con las que, como ella, eran libres y soberanas!

¡Aguilas que me escuchais, y que por tanto tiempo la cadena del pecado os ha oprimido, levantad hoy en este mismo momento

vuestro vuelo, que la cadena ha sido desatada por el Cristo desde hace más de diecinueve siglos!

Libres sois como el aire, oh prisioneros! ¿Pero no lo creéis? ¡Creedlo ahora!

¡Abandonad el pecado en el suelo, y levantaos para reuniros con los que hoy cantamos himnos de alabanzas al Héroe de nuestra salvación eterna!

Cuando comenzaba yo á discutir la segunda parte de nuestro texto, cuya discusión creo haber terminado, dije que la primera parte del texto nos enseña la necesidad que tenemos de un Salvador— creo que esto ya lo hemos visto muy claro— y la segunda nos declara que Cristo es el Salvador que necesitamos. No dudo que esto lo he probado redondamente también. Ahora una sola palabra más diré, y mi sermón sobre el Cristo y su Obra quedará terminado.

Vosotros podríais comprender muy claramente y creer que necesitáis un Salvador, así como también podríais creer y realizar que Cristo únicamente es el Salvador que necesitáis; más aún, al contemplar vuestra perdida condición, lamentándola y llorándo-

la amargamente, y al realizar el infinito poder del Divino Redentor y su voluntad para salvaros, deseárais con vehemente anhelo que viniera á romper la cadena; repito que todo esto no sería suficiente para obtener la salvación eterna, sino que faltaría una cosa más, tan importante como las dos primeras. Esta es, declarar á Jesús, en este mismo momento, vuestro Salvador .Reconocedlo como tal, y tratadlo como tal. En términos más claros: Arrojaos en este instante á los pies del Todopoderoso, diciendo:

¡Oh, Padre Celestial! Yo sé muy bien que soy un pobre y miserable pecador, que soy una oveja extraviada, apartada por mi propio camino, y que si sigo adelante de la manera que voy, aunque ya hoy estoy condenado, cuando termine mi vida en este mundo, iré á recibir el castigo que me aguarda más allá de la tumba. Por lo mismo hoy, con el corazón hecho pedazos por el dolor que me causa, más que todo, el haberte ofendido, me arrepiento de mis pecados confesándotelos, y, por amor de Jesu-Cristo, Tu Hijo amado que murió por mí para que yo fuera salvado,

en su nombre, repito humildemente, me perdones y pongas en mi corazón la vida eterna, El Señor Jesu-Cristo dijo cuando estuvo aquí en este suelo: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; nadie viene al Padre sino por mí. S. Juan 14:6. El, siendo el único camino á Ti, por medio de El vengo. El, siendo la Verdad, á El creo y creeré. El siendo la Vida divina, á El recibo en mi corazón hoy, y para siempre. Amen.

Después podéis terminar vuestra plegaria diciendo: ¡Oh, Dios Omnipotente é Infinito, Tú que eres Amor, Luz y Bien, mil gracias te doy por haber tenido misericordia de mí, salvando mi alma por medio de Tu Hijo unigénito. Sí, El pagó mi deuda y soy libre. El murió por mí, para que yo viviera, y resucitó de entre los muertos, para que yo tuviera el poder que necesito hoy para vivir una vida cristiana, victoriosa, hasta que, al rodar mi cuerpo en la tumba vaya mi alma á ser recibida en tus brazos en donde, por toda la eternidad, yo goce de Tu amor que me compró.

Mientras vosotros leíais y sentíais ó escuchábais y sentíais, el Señor Jesu-Cristo, por

medio del Espíritu Santo, á vuestro lado, atento, os ha estado contemplando. Unas veces su rostro revelaba la angustia de su corazón cuando no comprendíais, no creíais, ó, si creíais no obrábais conforme á vuestra creencia. Otras veces en su rostro se dibujaba una dulce sonrisa de satisfacción al observar lo contrario!

Ahora, miradlo, está no ya á vuestro lado, ya no á vuestra espalda, sino al frente con sus brazos abiertos, listo para estrecharos contra su pecho. No lo hagáis esperar más en esa tan amorosa actitud, sino arrojaos á su seno, dejad que os aprisione junto á su corazón, y no salgáis de allí jamás.

Llorad allí como el niño que perdió á su amada madre y que por fin la encuentra! y entonces conoceréis por experiencia al Cristo y Su Obra.

IV

Influencia Personal

Texto:

Jesús de Nazaret, el cual andaba por todas partes haciendo beneficios, y sanando á todos los oprimidos... porque Dios era con El.

Hechos 10:38:b.

Ningún otro versículo en la Biblia nos podría dar mejor testimonio de la influencia personal que éste: "el cual andaba por todas partes haciendo beneficios. ¡Qué testimonio tan admirable del Hijo del Hombre! Por donde quiera que pasó dejó una estela luminosa, en la cual con brillantes cifras quedaron grabadas en los corazones de aquellos por donde

Cristo pasó estas palbras: ¡me hizo bien! No hubo una sola persona que hubiera tenido que ver algo con El que no hubiera sido beneficiada; pues así como la mano que despedaza una flor queda perfumada, de igual manera. Sus mismos enemigos fueron bendedidos por las manos divinas que ellos cruelmente destrozaban. Así como el hacha que corta el sándalo queda perfumada por éste, de la misma manera el hombre que cortó la vida de su Redentor ha sido beneficiado por la muerte de su víctima, dejándole no sólo la influencia de sus bendiciones sino también la fortaleza de su muerte expiatoria para que por motivo de ella no muriera más tenga vida eterna.

De Cristo solamente pudo darse tal descripción de su influencia divina, y hasta el día de hoy, no hay hombre sincero que haya tenido algún contacto con la personalidad de Jesús, que no diga que su vida ha sido saludablemente influenciada por este Ser Perfecto.

Muy bien entonces podemos tomar como nuestro texto las palabras que nos manifiestan la constante actitud del Divino Maestro. Sí, pues la simple lectura de ellas es sufi-

ciente para inspirarnos á vivir de tal modo que de nuestra influencia personal se pueda decir como de la de Cristo: que por doquiera hizo el bien.

1. Todos los hombres ejercen una influencia.

Que sea este nuestro primer punto del discurso. Felizmente no necesitamos probar el hecho de que todos los hombres, en grupo, ejercen una grande influencia sobre los demás hombres. Esto claramente lo vemos en las páginas de la historia: cómo cada nación ha dejado marcas indelebles sobre los demás pueblos que estuvieron bajo su dominio. Estas marcas en las Artes, Ciencia ó Filosofía, permanecen por siglos, invariables. Toda la América latina tiene á España grabada, y ésta, á su vez, después de tantos siglos ya pasados, aun conserva la marca de Roma. Es decir, en toda la América latina encontramos que después de cien años de haberse ésta separado de España, aun tiene las mismas costumbres sociales; en parte, las misma ideas religiosas; el mismo idioma, etc., etc. ¿Qué tiene España de Roma?—su religión, sus cos-

tumbres, aunque ya algo modificadas, y las bases que forman nuestra sonora lengua.

De esta manera podíamos seguir indefinidamente mostrando como todos los hombres ejercen una grande influencia, en conjunto y uno por uno. Tanto el sabio como el ignorante, el pobre como el rico, el grande como el pequeño, todos al cruzar por el mundo dejan algo de su personalidad por donde han pasado. Todos los hombres ejercen una influencia.

2. No solamente es verdad que todos los hombres ejercen una influencia, sino que cada hombre ejerce su propia influencia.

Esto los podemos probar con nuestra propia experiencia: cómo es cierto que todo hombre que ha cruzado el sendero de nuestra vida ha producido en nosotros sensaciones agradables, ha influído para nuestro bien ó para nuestro mal. El niño inocente que vimos en la calle, sin que nos pudiese hablar, ni nosotros á él, con sus amorosas pruebas de cariño al autor de sus días, nos hizo pensar en la actitud que nosotros debíamos de tener hacia Dios, nuestro Padre Celestial. Vemos

pues cómo hasta un pequeño niño al pasar ante nosotros dejó su marca indeleble en nuestras almas.

Por otra parte, ningún hombre malo ha pasado por nuestro camino que no haya dejado en nosotros algo de su malévola influencia; así como no podemos pasar junto á un cuerpo en estado de descomposición sin recibir el mar olor que expide. En efecto, si examináis vuestra propia vida, lector querido, encontraréis sin duda alguna que todo lo malo que en ella descubráis fué debido al contacto de alguna mujer mala ó de algún hombre perverso. Y, decidme si no es cierto que lo bueno que en vuestra vida encontráis ha sido también el fruto de la influencia ejercida por algún ser. Esto porque el hombre es un ser social, es decir, que no puede vivir aislado, necesita de los demás hombres para su desarrollo tanto mental como espiritual. Imaginaos cuantas personas han tenido hoy que ver con vuestra vida. Desde la primera hora de la mañana hasta la última de la noche fuísteis servidos por un sinnúmero de manos, lo que prueba que os sería imposible

la existencia de un sólo día, con las comodidades necesarias, sin la ayuda de un sinnúmero de personas.

Ahora pensad en todos los seres humanos que han contribuído para vuestra presente existencia desde vuestro nacimiento. ¡Miles y miles en verdad!

¿Qué prueba esto? — Que todos estamos correlacionados los unos con los otros, que somos cada uno parte de un todo, como lo es cada molécula de un cuerpo; que lo que el uno hace no puede pasar desapercibido por los demás, puesto que lo que haga un miembro del todo, afecta el todo. Por todo esto vemos que cada hombre por sí sólo ejerce una influencia sobre los demás hombres, y que esta influencia puede ser buena ó mala.

Si cada persona ejerce una influencia buena ó mala, ¿cuál ha sido la vuestra? ¿Cómo habéis impresionado á personas que tuvieron que ver hoy en vuestra vida? ¿Fueron edificados con vuestra amable actitud hacia ellos, de palabra y obra; sentirían que encontraron á un ser cuya influencia los elevó á pensar en vuestro Dios, como su Padre Ce-

lestial? ¿Se irían bendiciéndoos por haber tenido el privilegio de conoceros?¡Cuán grande es pues nuestra responsabilidad ante los hombres y ante Dios! Al meditar en esta gran verdad, no podemos menos que descubrir el profundo significado de las palabras de Cristo: "Vosotros sois la luz del mundo," y en otra parte también dice: "Como el Padre me ha enviado á mí, así envío yo á vosotros."

Vosotros, los que profesáis ser cristianos, ¿habéis representado á Cristo en cada una de vuestras acciones? ¿Habéis brillado en las más negras sombras de la superstición y el fanatismo, enseñándole al descreído lo que la verdadera religión podía hacer por él si se sometiese á Cristo como vosotros lo habéis hecho? Y, si no sois aún discípulos de Cristo, ¿os podéis ahora imaginar de cuánto sois responsables, de cuanto teneis que dar cuenta ante vuestro Creador si vuestra influencia no ha sido buena?—¡Cada persona ejerce una influencia!

3. En tercer lugar, el hombre no olamente ejerce una influencia sino que, esa influencia una vez ejercida no se puede retirar.

Así como una herida en el cuerpo deja indeleble cicatriz, de la misma manera, una en el alma deja también señal indeleble. El mal que hicísteis ya quedó hecho y un bien tras de ese mal no lo puede borrar. Para hacerlo habría necesidad de que las circunstancias, el tiempo y el lugar en donde se ejerció la mala influencia, pudiesen nuevamente volver. ¿Quién puede hacer á el ayer que vanga hoy? Cuando se pueda, entonces todo lo que en esa página de nuestra vida quedó escrito, podrá ser borrado; el mal que hicimos, enmendado; la mala influencia que salió de nosotros, podrá ser contrarrestada.

Decidme si la acción cometida por ese hombre, que vino á manchar vuestra nívea conciencia, podrá ser anulada por él. Nunca, porque mientras vuestra memoria lo recuerde, vuestra conciencia lo registre y vuestra vida lo contenga, la acción fué hecha y los resultados son los que manifiestan vuestra memoria, vuestra conciencia y vuestra vida.

La mala opinión, que en momento de despreocupación, lanzásteis contra vuestro vecino fué un dardo envenenado que hirió no so-

lamente á vuestra víctima sino también á aquel ante quien juzgásteis á vuestro hermano. Vuestra opinión predispuso el ánimo de la persona á quien hablásteis con respecto á vuestro prójimo y lo impulsásteis á que él á su vez ejerciera su influencia, aunque fuese en pensamiento solamente, contra vuestro condenado. Encendísteis con la llama de vuestra lengua un fuego que siguió tomando incremento impulsado por el viento de la indiscreción. Hicísteis una herida á la persona contra quien hablásteis, otra á cada una de las que fueron informadas de vuestra conducta, otra á vuestra misma alma, otra á la Santa Causa que representais, otra á vuestro Salvador y otra á vuestro mismo Dios Altísimo. Todo esto quedó grabado con cifras indelebles en aquel libro que será abierto ante vuestros ojos cuando aparezcais ante el Supremo Tribunal de Dios. ¡Nada de lo escrito puede borrarse, nada de lo registrado puede cambiarse; vuestra influencia una vez ejercida jamás puede retirarse!

Los pecados que cuando niños cometísteis, de pensamiento, palabra y obra, aun están registrados; las faltas de vuestra juventud,

más grandes y graves, no han sido borradas todavía; las de vuestra edad madura, ó edad presente, están marcadas ó se están marcando en la cuenta que teneis que saldar con vuestro Creador. Sí, porque cada uno es responsable de sus hechos; cada uno es el obrero de su propia deuda espiritual.

He aquí la razón por qué Dios tuvo que mandar á su Hijo Unigénito á morir por nuestros pecados. Si no lo hubiese hecho así, Dios jamás habría podido, siendo consistente con su carácter justo, perdonar nuestros pecados; había necesidad que uno suficientemente grande para poder llevar en sí todos los pecados del mundo, muriese por ellos, no pudiendo el hombre deshacer lo que había hecho, puesto que lo hecho hecho se quedó. Podría arrepentirse y tratar en lo posible de modificar su vida, pero con su arrepentimiento y modificación no podía destruir el pasado. Dios siendo justo tenía que considerar tanto el pasado como el presente: tenía que castigar el pasado indubitablemente.

Aquí está un hombre que le ha quitado la vida á otro; según las leyes del país tiene que

ser condenado á muerte; el jurado así lo aprueba y el juez lo sentencia. ¿Podrá este hombre con su arrepentimiento deshacer el crimen ya cometido, podrá devolverle la vida al que ahora yace en la tumba fría, podrá la corte, siendo fiel á la justicia, perdonadlo? No puede. ¿Por qué?—Porque lo hecho permanece hecho no obstante el arrepentimiento; el pasado no puede volver á ser presente, la influencia ejercida ha hecho su efecto.

Dios es el único que en su infinita misericordia ha proveído el únido medio por el cual esta gran dificultad puede ser allanada. En el momento en que el hombre se arrepiente de todos sus pecados y acepta á Cristo como el que en su lugar fué castigado por ellos, y por esta deuda á Jesús, y por el amor que ahora le inspira, se consagra á El, recibe justamente del Todopoderoso el perdón de sus pecados y el don de vida eterna. Cristo fué el único, que por ser el enviado de Dios, pudo pagar la pena por los pecados que nosotros no podíamos deshacer; por la influencia una vez ejercida, que no pudimos, por ser imposible, retirar. Dios entonces, en su mismo plan de salva-

ción, nos muestra como la influencia una vez ejercida no puede ser retirada.

4. Además, la influencia ejercida dura después de que uno muere.

Es mentira que con la muerte termina la influencia del hombre. Todos sabemos por experiencia que la influencia que un hombre durante su vida ejerció, sigue obrando por muchos años después de su partida.

¿Cuántas personas que contribuyeron para vuestra existencia viven hoy? Su carrera ha sido terminada, pero su influencia aún forma parte de nuestra vida. El niño pequeño que vino tan sólo por unos cuantos meses á alegrar el hogar, ya pasó y voló, pero en los corazones de sus padres dejó impresiones tan profundas que hoy los hacen pensar en aquel ángel, que con su cándida dulzura les inspiró un amor celestial, les dió una idea de ese lugar en donde seres como él habitan.

Hace más de diez y nueve siglos que Nerón existió, sin embargo, sus crímenes con los primeros cristianos, lo han inmortalizado. Todos sabemos quien fué él, como se deleitaba haciendo el mal, como en donde quiera dejó

impresiones indelebles de su espíritu satánico. Sin duda alguna que si fuésemos á su tumba no encotraríamos ni sus huesos, pero su influencia no ha muerto. En efecto, nadie ha podido encontrar su tumba, pero todos han podido encontrar su influencia. Esa permanecerá para siempre.

Hace mil novecientos diez años que Jesús Nazareno, el Hijo de Dios, existió; Su vida terrenal encontró su ocaso en la tumba, como estaba decretado por el Altísimo, pero Su influencia bienhechora hace hasta Su misma vida física una presente realidad para nosotros. Lo vemos majestuoso marchar por el mundo haciendo siempre el bien, llamando á los hombres al arrepentimiento y á Dios, y mostrándoles con Su vida perfecta lo que Jehová requiere de ellos. Lo sentimos venir á nosotros cuando á solas el llanto nos ahoga y con divina ternura enjuga nuestras lágrimas y nos revela Su amor. Cristo, el mismo ayer, hoy, mañana y para siempre. Aquel cuya influencia el mundo sintió antes de Su venida como el Hijo del Hombre; cuando estuvo en la tierra como el Siervo de Dios y ahora que

ha terminado Su obra redentora, sentado en el trono de Su gloria, Su influencia es aún más potente que la muerte misma.

He tomado á Cristo, reverentemente, como ejemplo, porque El vino á servirnos de ejemplo para todo lo bueno; porque El vino á mostrarnos cómo la influencia una vez ejercida, vive aun después de que dejamos este mundo. Vino á mostrarnos con Su perfección divina lo que nuestra propia vida é influencia podían ser si lo recibíamos á El, no solamente como nuestro modelo, sino también como el centro de nuestra vida entera.

Ahora que hemos visto cómo la influencia de un hombre dura después de que él muere, decidme, ¿qué clase de influencia dejaréis tras de vosotros cuando os aparteis de este mundo? ¿Se podrá escribir de vosotros, como se escribió de Cristo: "El cual andaba por todas partes haciendo beneficios?"

5. Por último, permitidme mostrar que cada uno es responsable de su propia influencia y tiene que dar cuento de ella ante el Supremo Tribunal de Dios.

No solamente es cierto que todos los hom-

bres ejercen una influencia; que cada hombre tiene su propia influencia; que esa influencia una vez ejercida no se puede retirar; que la influencia dura después de que uno muere; sino también es cierto que cada uno es responsable de su propia influencia y tiene que dar cuenta de ella.

Esta es una verdad que una vez comprendida será suficiente para llevar á cualquiera á los piés de Cristo. Si cada uno tiene que dar cuenta de todas sus acciones mientras estuvo en la tierra; es responsable de ellas, y por lo mismo tiene que sufrir la pena decretada contra cada pecado, de seguro que aquí es en donde necesita al Redentor del mundo que conteste por él, que diga: "Yo morí por sus pecados, y él me recibió durante su vida como su Salvador; él fué mi discípulo y siempre que pudo me confesó delante de los hombres, por eso hoy yo le confieso delante de los ángeles y delante de mi Padre Celestial."

El sacrificio expiatorio de Cristo fué más que suficiente para saldar la cuenta de todos nuestros pecados. El murió por ellos antes que nosotros los hubiésemos cometido, y por

lo mismo, según el convenio divino entre el Padre Celestial y El, nuestros pecados no cometidos aún históricamente, fueron cargados sobre El y El sufrió por ellos como si nosotros ya los hubiésemos cometido. En El estaban también los pecados de las generaciones que existieron antes de la cruz, y por lo mismo todos los de esas generaciones que por fé contaron el sacrificio de Cristo como hecho, de la manera que Dios lo contaba, todos esos recibieron la salvación también. Abram consintió en llamarse Abraham (padre de muchas naciones) antes de haber tenido hijo alguno, esto lo hizo porque creyó á Dios, que su promesa sin duda alguna sería cumplida. Fué entonces por fe que Abraham agradó á Dios, y por eso todos los que ejercen esa misma fe en Dios, por medio de Jesu-Cristo, son llamados los hijos espirtuales de Abraham, forman el Israel espiritual, el verdadero pueblo escogido de Dios, los fieles súbditos del Reino del Señor.

¿Sois miembros de esta familia espiritual? ¿Habeis puesto vuestra fe en Cristo como el que murió por los pecados de que solamente

vosotros sois responsables y de ellos tendríais que dar cuenta si no permitiéseis que Cristo la diera?

La influencia de Cristo ha sido siempre bien hechora, Hasta hoy no ha habido hombre alguno que sinceramente afirme lo contrario. Todos los que hemos venido á Cristo y lo hemos aceptado como nuestro Divino Redentor, y en nuestros corazones lo hemos coronado nuestro Rey Celestial, de lo más profundo de nuestras almas decimos al mundo entero que hemos encontrado en Cristo Jesús la perfecta satisfacción de nuestras almas Que si algo hay bueno en nosotros es debido solamente á El, porque El es la vida de nuestra vida, el perfume de nuestras flores. Decimos con el autor del libro de Los Hechos: "Jesús de Nazaret, el cual andaba por todas partes haciendo beneficios. "Puede venir á vuestros corazones también á hacer que vuestra influencia personal sea igual á la de El; y el mundo al tener contacto con vuestra vida, por vuestra saludable influencia será hecho mejor y bendecirá al cielo por haberos

permitido venir á este mundo á enaltecerlo con la influencia de vuestra vida.

Dios así lo permita por Su honor y por Su gloria.

V

La Gran Carrera

Texto:

Por tanto nosotros también teniendo puesta sobre nosotros una tan grande nube de testigos, desechan todo peso, y el pecado que tan cómodamente nos cerca, corramos con paciencia la carrera que nos es propuesta.

Hebreos 12: 1.

La lectura de este versículo nos trae á la memoria un cuadro sumamente interesante. Es la patética descripción de los juegos Olímpicos de Grecia. En nuestra imaginación podemos ver el gran espectáculo de las carreras de hombres. La multitud que los va á mirar y á admirar es inmensa, y en sus rostros se dibuja el ansia de ver comenzar esta función. To-

dos se encuentran ataviados con los mejores trajes; su conversación tiene un sólo tema, y este es, la gran carrera humana.

Ya que hemos mirado á las inmensas multitudes ocupando sinnúmero de palcos, tornemos ahora nuestros ojos á los atletas que tanta atención han logrado llamar. Helos ahí, con sus trajes no solamente livianos, sino sencillos y cortos. Han procurado que nada sobre su cuerpo les impida correr con la velocidad vertiginosa que desean.

La carrera va á comenzar. Ved como estos hombres en cada uno de sus músculos revelan el impaciente deseo de ganar la corona de laurel. Por fin la señal es dada, y nuestros heroes estrechando todos sus músculos parece que vuelan, tocando tan sólo con las puntas de los pies cada y cuando la arena. Sus ojos miran un solo punto; sus narices se inflan. De sus frentes comienzan como gotas de agua á brotar. Es el sudor que más tarde no solamente baña sus mejillas sino todo su rostro y cuerpo.

De los espectadores se desprenden á cada momento gritos de júbilo y de alabanza hacia

aquel que parece ir ganando, así como se pinta en sus rostros la desesperación cuando el atleta parece quedarse un poco atrás rendido de cansancio.

Entre los concurrentes, los que parecen estar más interesados en la carrera son precisamente los que ya antes habían pasado por el trayecto por el que sus amigos hoy avanzan. Por eso es que con sus gritos los animan para que sigan adelante, para que no desmayen ya llegando al final y que reciban esa corona de tanto honor que les espera.

He aquí la visión del autor de nuestro texto cuando de tal manera se expresa. Encontró por fin el ejemplo mejor que, de nuestra misión en este mundo como cristianos, podía dar. En el capítulo anterior, el apóstol nos había dado una lista inmensa de los héroes de la fe, que cuando cruzaron este mundo sabiamente reconocieron el propósito de Dios para su existencia. Fijando su mirada de águila en el Sol de Justicia que ellos reconocieron en Jehová, desligándose de todo lo que era terrenal, siguieron con paso firme y veloz el sendero de la religión espiritual.

Nos ha hablado de Abraham, quien por

creer á Dios abandonó su hogar, su patria y sus bienes para marchar como un pobre peregrino hacia la tierra prometida.

Nos dice que después cuando á él Dios su promesa había cumplido, sin dudar un momento á la simple insinuación de Jehová, está listo para sacrificar á su único hijo Isaac, no obstante que Dios le había prometido que por medio de Isaac multiplicaría su familia, alcanzando la promesa de Dios.

Nos recuerda á todos esos profetas que por la fe pudieron triunfar en batallas; pulsar la lira sacando de ella las más dulces notas de poesía sagrada; detener la boca de los leones y pasearse impávidosdentro del ardiente horno. Es decir, infinidad de ejemplos nos dá de las maravillas que débiles humanos pudieron hacer, inspirados tan sólo por la fe en el Dios, que es hoy el mismo de ayer y de mañana.

Esta es la gran multitud que hoy nos mira correr; éstos son los que con su historia nos gritan las posibilidades de una vida poseída de Dios. Sí, este corto paréntesis de la cuna á la tumba es el trayecto señalado al hombre para que en él demuestre lo que vale.

Nosotros, los que llevamos el honorable título de cristianos, somos hoy los atletas que corremos para ganar el premio más excelso. No es de laurel terrestre la corona, sino de algo inmortal que al colocarla en nuestras frentes, no de carne humana, sepamos lo que es gloria verdadera.

Varios han dicho que la vida es una lucha constante, ó que el mundo es un mar de tempestades, y nosotros los náufragos en él. Esto sin duda es una opinión bastante pesimista, pero también revela lo que el hombre sin fe, sin Dios, sin religión siente en su pecho cuando á solas sus lágrimas se bebe. Tal vez nosotros mismos lo diríamos, si cuando los desastres en la vida aclamar no pudiéramos al cielo donde el Dios que nos ama nos contesta; si por el mundo siguiéramos marchando sin saber que la tumba de mañana nos abriera la puerta de la Gloria, del lugar donde Cristo nos aguarda, con sus brazos abiertos, amoroso.

Gracias mil sean dadas al Todopoderoso, que misericordia tuvo de nosotros, abriendo los ojos de nuestra alma para que en Cristo

vieran no sólo su ideal, sino el mismo de Dios para los hombres. El es el punto brillante á donde nos dirijimos. El es el que inspira nuestra carrera como atletas de la fe; El es el que ha cautivado nuestras almas de manera que olvidando las espinas que rompen nuestras plantas, seguimos peregrinos por el mundo en busca de la tierra prometida.

Si nosotros, los que nos llamamos cristianos, no tenemos nuestra mirada fija en El que se levantó de entre los muertos, si nos estamos fijando en las cosas mundanas que nos rodean, en las circunstancias humanas que nos agobian y en las tempestades que parece van á destruirnos para siempre, en verdad que entonces sí nos hundiremos entre las borrascosas olas del Océano tremendo de la duda. Nos pasará como cuando Pedro andando sobre las olas dirigiéndose á Jesús, al quitar su mirada del divino Maestro para fijarse en la amenazadora tempestad, digo, al apartar su mirada, su fe de Aquel que lo llamaba, el Cristo, se hunde entre las aguas hasta que el Salvador con su propio brazo lo levanta.

Levantémonos hoy á la esfera de la fe vic-

toriosa en el Cristo del Calvario; dejémonos ya de estar dormitando arrullados con los cantos destemplados de nuestras propias opiniones; dejemos ya de entretenernos con los oropeles de las apriencias y vivamos en la realidad de nuestra santa fe. Recordemos que de los pies de la cruz á los portales de la gloria eterna no es un viaje de recreo, sino nuestra más denonada carrera que reclama todas las potencias y habilidades de nuestro intelecto, sensibilidad y voluntad. Ya no nos estemos conformando con lo que los demás están haciendo por la causa, pero que esto nos sirva de inspiración para hacer nosotros el doble é inspirar á los demás que inspiren á los otros.

¿De qué manera llevaremos á cabo estos nobles deseos que no son más que los de cumplir apenas con nuestro deber? Nuestro texto nos lo dice: escuchad: "Por lo cual nosotros también, teniendo en derredor nuestro una tan grande nube de testigos por Dios, descargándonos de todo peso, y el pecado que estrechamente nos cerca, corramos con paciencia la carrera que ha sido puesta delante

de nosotros; mirando á Jesús, Autor y Consumador de nuestra fe, el cual por el gozo que fué puesto delante de El soportó la cruz, despreciando la verguenza, y se ha sentado á la diestra de Dios."

En primer lugar esa tan grande nube de testigos á que nuestro texto se refiere nos sirve de inspiración, porque así como los atletas griegos que iban á correr eran estimulados por la presencia de la inmensa concurrencia, nosotros somos alentados hoy, por la nube de espectadores invisibles, héroes inmortales de la fe. Ellos nos muestran lo que pudieron hacer creyendo á Jehová. Sus historias fueron escritas para mostrar lo que Dios puede hacer con aquellos que se someten por completo á El.

El capítulo once de la Epístola á los Hebreos, nos da un catálogo de las figuras colosales que conocemos con los nombres de Patriarcas, Profetas, etc. Hoy aparecen tan inmensas á nuestra vista, que por un momento olvidamos que fueron hombres semejantes á nosotros; y al tener esta errónea idea nos convencemos de jamás llegar á igualarnos con ellos.

No, y mil veces no. La diferencia que existe entre esos gigantes y nosotros es tan sólo que ellos no humillaron á su Dios dudando de sus promesas. No dudemos nosotros. Creamos sus múltiples promesas que por medio de Jesu Cristo nos ha dado. Ya es tiempo que con todos los ejemplos dados nos convenzamos de que es Cristo en nosotros la esperanza de gloria.

Siguiendo nuestra discusión de cómo transformar nuestros ideales en realidades, y recordando que nuestro texto encierra las respuestas que necesitamos, busquemos en la segunda de ellas, sin olvidar que la primera fué la inspiración electrizadora de la nube invisible de testigos.

¿Qué más tenemos que hacer? "Descargándonos de todo peso, y del pecado que estrechamente nos cerca, corramos." Por supuesto que muy bien recordamos las vestiduras de los atletas griegos. Eran lo más livianas posible; es decir, que nada permitían en su cuerpo que les impidiera el movimiento libre de los músculos al emprender, seguir y terminar la carrera. Descargándose de todo peso.

La razón por qué muchos no pueden seguir su carrera con la velocidad necesaria, es porque no se han descargado de todo peso, y de estos pesos son de los que por un momento quiero hablar. No podría nombrarlos todos, pero cuando menos unos tres.

El uno es: "incredulidad." Sí, creer que es absolutamente imposible cumplir con los mandamientos del Señor. El divino Maestro dice: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida, nadie puede venir al Padre sino por mí." Es decir; es imposible llegar á Dios por el camino de las buenas obras, por el camino de nuestras filosofías, por el camino de la sabiduría humana sin la fe en nuestro Señor Jesu-Cristo. El es la verdad; la única que existe en el universo, aquella que el hombre anhela y que lo satisfará. Las filosofías, los credos, las doctrinas de todos los demás que se han declarado maestros de la humanidad son vanas sin la suprema, sublime Verdad. El es la vida. Nada de lo que existe en el universo tiene vida propia; esta procede de una fuente principal, esa que vivifica todo lo que existe; esa de quien San Juan dice: "Todas las cosas por

medio de El fueron hechas, y sin El nada de lo que ha sido hecho fué hecho." El, además es la vida espiritual, el que despierta al hombre en una nueva esfera y le descubre nuevos horizontes.

Todo esto es el Cristo del Calvario. Todo esto es lo que nosotros de El debemos creer; sin embargo, hay varios que sólo de palabra lo creen.

Escudriñad vuestros propios corazones; examinad al mismo tiempo los actos de vuestra vida y contestadme si no es cierto que muchos de esos vuestros actos en la vida cotidiana desmienten las palabras de vuestro credo. Lo digo, porque si creyéseis que el Cristo es lo que clama ser, no lo trataríais con la indiferencia y frialdad, con que lo tratáis. Indiferencia porque no lo seguís á El en todos sus mandatos; frialdad, porque no lo adoráis reverente; sintiendo en lo más profundo de vuestra alma que El es el Dios de la verdad y de la vida.

¿Por qué si creéis que El es el camino y que nadie puede venir al Padre sino por El os quedáis tan impávido cuando los mismos miembros de vuestra familia andan tratando

de venir á Dios por otra vía que no es la señalada? ¿Por qué si creéis que El es la verdad escucháis con boca cerrada las discusiones de vuestros amigos tratando de probar que conocen la verdad sin conocer á vuestro Salvador? ¿Y por qué si creéis que El es la vida vosotros permitís que permanezcan en las tinieblas de la muerte aquellos á quienes podíais haber por vuestro testimonio traído al Cristo?

Basta ya de tanta incredulidad. Arrojadla de vosotros. Mirad que este es uno de los más enormes pesos que está estorbando vuestra carrera; esa grande misión que tenéis como cristianos, el propósto de Dios en vuestra existencia.

El segundo peso de que el atleta cristiano tiene que deshacerse es la indiferencia. Como la indferencia es hija de la incredulidad, sólo trataremos de hacer una débil pintura de este otro monstruo que se atraviesa por el camino del que ha emprendido la gran carrera.

Miradla, de rostro pálido, con mirada irónica y sonrisa que divulga su ignorancia! Ved como os está diciendo á cada paso: "oh, todo

eso será cierto, pero no para vosotros; no hagáis eso hoy, dejadlo para mañana, oportunidades más grandes se presentarán que ésta," etc.; y de esa manera os detiene por el camino dejando que el tiempo precioso se marche sin vosotros. No sólo eso, sino que al llenar vuestro corazón la indiferencia, os derriba sobre el mismo camino para que los que pasen por allí tropiecen con vosotros, y así sucesivamente, hasta que la obra de ese peso llamado "indiferencia" es tan grande que apenas se puede medir.

El otro peso es "indolencia;" esto es pereza espiritual. Eximirse del trabajo de escudriñar las Santas Escrituras para alimentar con ellas el alma hambrienta. Indolencia, insensibilidad á la voz tierna y amorosa del Cristo que os llama en las abiertas páginas del Evangelio, y con la quejumbrosa voz de vuestra propia conciencia. Pero le huís; no queréis los estudios de la Santa Biblia que llenen de luz el cielo de vuestras almas é inunden de paz el océano de vuestro corazón.

Libraos lo más pronto posible de ese peso tremendo que os detiene! Arrojadlo junto

con la indiferencia y la incredulidad para que podáis correr la gran carrera de vuestra vida!

Por último el texto nos dice que para conseguir vuestro elevado propósito, os descarguéis del "pecado que estrechamente os cerca." ¿Cual es este pecado? Vuestro corazón lo sabe y Dios no lo ignora. Es aquello que se ha interpuesto entre Dios y vosotros lo que os ha robado las más ricas bendiciones que el Señor os mandó; es aquella obra qu vuestra conciencia os ha condenado á cada momento. No os engañéis! Si los hombres lo ignoran, Dios lo sabe, y si El no lo ignora de nada sirve que los hombres no lo sepan; no son ellos los que os llamarán á cuentas cuando el tiempo se haya llegado para ello; es Dios, el que todo lo sabe porque todo lo mira en donde quiera que está.

Los atletas griegos tenían una mira á la que se dirijían; los atletas cristianos tenemos también la nuestra: "Mirando á Jesús, Autor y Consumador de nuestra fe."

Los griegos ganaban una corona de laurel que antes de su bajada á la tumba se mar-

chitaba; nosotros recibiremos la nuestra de gloria é inmortalidad.

Dios permita, por amor de nuestro Señor Jesucristo, que cada uno de nosotros al ver el sol de nuestra existencia hundirse en el ocaso de la tumba, podamos con júbilo decir:

"He peleado la buena pelea, acabado he mi carrera, he guardado la fe; de ahora en adelante me está reservada la corona de Justicia, que me dará el Señor, el Justo Juez, en aquel día." Amén.

VI

Voces del Año Nuevo

Texto:

"El que encubre sus transgresiones, no prosperará; más el que las confiesa y las abandona, alcanzará misericordia."

Prov. 28:13.

Las últimas horas del año que se mueren traen al alma del ser pensante algo de solemne y magestuoso. Si levanta los ojos al cielo y en él mira titilar á las estrellas, éstas parecen repetirle el poema del gran Salmista: "Los cielos cuentan la gloria de Dios y el firmamento proclama la obra de sus manos.

En estos momentos, cuando el año se hun-

de en los antros de la Eternidad, parece que nuestras almas encuentran triste deleite en recordar las primeras horas del año que se va. Entonces se convierte estetriste anciano en un libro querido, pues cada uno de sus días forma para nosotros una página de nuestra historia, y como después de volver de un largo viaje nos encanta leer nuestras memorandas, de la misma manera hoy, en estos últimos momentos deseamos leer las páginas del libro que hoy se cierra, se sella y se va.

¡He aquí su primera página; miradla qué brillante! ¡Qué llena de sonrisas y armonías! Cómo nos presenta la vista de aquel querido salón en donde reunidos con nuestros seres amados les repetimos: "un feliz año nuevo les deseo."

Mirad, aquí está el padre, aquí la hermana, allá la madre, mi amigo que jamás de mí se aparta y quizá, las amigas de mi hermana.

Escuchad qué tiernamente el piano está tocando. ¡Cuánta alegría se dibuja en todos esos rostros! El año ha comenzado y nadie sabe que en los pliegues de su hábito él trae el ángel de la muerte.

Volvamos otra página, la de enmedio; pero esta es distinta, ya no brilla porque tiene los tintes de una luz que ya se muere; el piano ya no toca, ni se oyen las sonrisas tan alegres de aquellos que en otro tiempo formaban el hogar. Aquí está el comedor, un asiento vacío, y aunque todos tratan de alegrarse, el sello del dolor los predomina..... Pero ya no hay más tiempo de mirar ni una página siquiera. Ya el reloj va á marcar la hora tremenda, en que el año se marche y ya no vuelva.

¡Ay, cuantas sonrisas, lágrimas y suspiros se llevó nuestro amigo! ¡Cómo quisiéramos que muchas de sus horas volvieran y varias de sus noches retornaran! Con lánguida mirada el pasado anhelamos, olvidándonos de cuando era presente, el futuro deseábamos.

El futuro es hoy presente y muy pronto, será pasado. ¿En cuál de esos tres tiempos viviremos? Alguien ha dicho que olvidemos el pasado, vivamos en el presente y esperemos en el futuro. Sin embargo el alma se re-

bela á estas enseñanzas; quizá será porque ella no conoce en los campos de la eternidad ni el pasado ni el futuro.

Aunque cierto sea que en parte necesitamos el pasado, discutamos por hoy lo que es el presente, y más tarde, tal vez lo de mañana.

Hemos pisado los umbrales del Año Nuevo. A nuestra vista se presentan otros horizontes, y á nuestros pies aguardan vastos campos para explorar. El último sol de 1910 se hundió para siempre detrás de las montañas del pasado, y glorioso y radiante en el Este del presente surge majestuoso el sol de 1911. Saludémoslo; gocémonos en sus vivificantes rayos y mientras la Providencia nos lo permita, á la luz de este nuevo sol, sigamos nuestra marcha por el mundo. Así como este sol tuvo su oriente, y también hallará pronto su ocaso, nosotros una cuna tuvimos, y una entreabierta fosa nos aguarda.

El trayecto de la cuna á la tumba es nuestra vida; vida que al hombre le ha sido concedida para que en ella encuentre lo que busca.

¿Qué busca el hombre cuando al cielo mira, al doblarse bajo el peso tremendo de la pena? ¿De quién espera esa ayuda que busca, después de que los hombres la negaron? ¿Qué siente en lo profundo de su alma cuando lejos del mundo y su alboroto, á la tímida luz de las estrellas, el apacible lago y la quieta arboleda y los mustios montes le saludan? ¿En qué piensa cuando mira la luna macilenta que con pálida luz besa su frente? ¿En qué está meditando cuando sólo, á la orilla del Océano, silencioso mira las olas á sus plantas deshacerse? Todas estas preguntas en sí llevan su lógica respuesta. Busca á Dios. Espera de Dios. Siente á Dios. Piensa en Dios. Mira á Dios. El hombre no es el cuerpo en que vivimos, que viene de las playas de lo eterno, y sigue en las regiones de lo infinito. En sí lleva la imagen de su padre, y este padre es el Dios Omnipotente. Unos más claro que otros la llevamos, pero siempre al vivir reconocemos ese Ser por el cual hoy existimos.

¿No es cierto que en el hombre hay mucho de lo grande y de lo sublime? ¿No es cierto

que se siente muchas veces como el águila libre y soberana, que al extender sus alas puede surgir su vuelo en lo más alto? ¿Qué no es cierto que el hombre reconoce la grandeza del bien y su potencia, y que altivo y heróico, desprecia lo asqueroso de los vicios? Sí, es cierto todo esto, y aunque él mismo en el fango del crimen se haya hundido, lo que más le atormenta, es conocer que para lograr aquello tuvo que estrangular á su conciencia, á la antorcha divina y refulgente que una vez le mostró esos infiernos.

Enmedio de sus horas de nostalgia, al llorar su perdido paraíso, mira surgir más negro y repugnante el gusano roedor, á su pecado.

Ese niño pequeño que apenas á vivir comienza ahora, cuando hace lo prohibido, ese mismo gusano le devora. ¿Por qué hoy no sale afectuoso á encontrar á su amado padre? ¿Por qué en lugar de buscar sus caricias huye de ellas? Es que sabe muy bien que ha cometido lo que él solo aprendió que no era bueno. Así es que tanto el niño como el viejo, el

tonto como el sabio, reconocen muy bien cuando han hecho el reprobado mal.

Todo esto hemos vuelto á encontrar en este día á los rayos del sol del Año Nuevo. Estas pequeñas reflexiones que á sus puertas hoy hago con vosotros, no son ecos del año ya pasado, sino voces del año en que hoy estamos. Muy trilladas serán estas ideas; muy ancianas también; lo reconozco; pero hace miles de años que la luz del sol, día tras día ha bañado el planeta en que vivimos. Sin embargo su luz en la mañana, es tan bella y tan fresca como siempre; trae la vida, el valor y la esperanza; la inspiración al hombre que sigue por el mundo su carrera.

¿Cuántos de nosotros al principiar el año podemos ante el Santo de los Santos acercarnos sin mancha, sin pecado? ¿Cuántos habemos que decir podamos, las leyes de mi Padre no he infringido? El que hoy pueda decirlo es, sin duda, el que no necesita de mi ayuda. Es decir, mi mensaje no le sirve, porque ó es más espiritual que todos juntos, ó muy lejos está de conocer al Dios que nos perdona.

Todos nos hemos deseado mútuamente un muy próspero y feliz año nuevo. Yo os lo deseo á vosotros; pero, cuando estos deseos del fondo de nuestra alma á nuestros amigos y hermanos hemos expresado, ¿nos hemos detenido á meditar lo que nuestro deseo significa? Quiere decir nada menos que todos los del presente año traigan tan solo sonrisas y armonías. Que no haya una sola nube que venga á obscurecer el cielo de su alma y que obtenga todo lo que espera.

Por otra parte, cuando esto les hemos deseado, les hemos dicho de qué manera pueden hacer que el año les presente todo esto? Si no se los hemos dicho, de nada nos sirvió nuestro deseo. Fueron tan solo palabras sin sentido ni espíritu que el aire se lleva. Lisonjas pasageras que no tienen valor.

Yo, en el nombre de Aquel á quien sirvo, os deseo un muy próspero y feliz año nuevo, y os digo como podéis obtener con certeza mi deseo. La palabra de Dios Omnipotente me ha resuelto el problema. Os declara á vosotros como podréis lograr vuestros deseos. La solución del problema, esa declaración clara

y concisa, es el texto que os anuncié al principio: Prov. 28: 13. Escuchad: "El que encubre sus transgresiones, no prosperará; más el que las confiesa y las abandona, alcanzará misericordia."

La verdadera prosperidad es solamente del hombre que en su alma no lleva las manchas del pecado. Es del hombre que reconociéndolos no sólo los confiesa sino que también los abandona. La verdadera prosperidad viene al hombre que ha alcanzado la misericordia divina.

Dije que si alguien había aquí que pudiera decir estaba limpio de todo pecado, para este mi mensaje no era, por la simple razón de que se encontraba ó más bien cerca de Dios que todos nosotros, espiritualmente hablando, ó tan lejos que las voces del año nuevo no le alcanzaban. A esa persona en vano nos sería desearle un próspero año, porque ó él debía deseárnoslo á nosotros ó en vano á nosotros nos sería deseárselo.

El que encubre sus transgresiones no prosperará; el que insiste en engañar al mundo, y á engañar á Dios se engaña á sí mismo; es-

tá siendo víctima de la ley inolvidable de Jehová. El que trata de ahogar los gritos de su conciencia con los discordantes ruios el insensato mundo, jamás sabrá lo que la verdadera prosperidad significa.

Prosperar simplemente quiere decir, alcanzar lo que se espera; lo que se desea, lo que se anhela. El hombre malo, aquel que encubre sus transgresiones estrangulando su mísera conciencia con las terribles manos del orgullo, puede esperar algo y recibirlo; puede desear algo y adquirirlo en parte; podrá también alcanzar un poco de lo que anhela; pero, ni lo que esperaba y recbió ni lo que anhelaba y conquistó, vienen juntos á formar su verdadera prosperidad, porque es tan sólo ficticio el fantasma que aprisiona. El mundo por algún tiempo admiró y hasta veneró al primer soldado del mundo: Napoleón. Parecía que en todo prosperaba, sin embargo los lúgubres lamentos que de su pecho se desprendieron cuando allá en Santa Helena, parecen claro decirnos que muy lejos estuvo de encontrar la verdadera prosperidad. Oid cómo se queja: "Todo lo que amo, todo lo que

me pertenece está hecho pedazos. El cielo y la tierra se unen para afligirme."

Lord Byron, otro grande hombre que fué tan admirado como envidiado, las últimas palabras que de sus labios se desprendieron como quejas de un ser en el tormento, también nos testifican que el mundo estaba engañado al decir que la prosperidad había coronado su cabeza. Alejandro llora por no haber más mundos que conquistar; y un gran estadista europeo divide la vida en tres partes: juventud, una ilusión; virilidad, una lucha; vejez, un remordimiento.

Creo que estos testimonios de hombres de quienes el mundo dijo prosperaron, serán suficientes para que nosotros no tratemos de buscar por el mismo camino la prosperidad verdadera. Napoleón confesó sus males pero ya era muy tarde. Lord Byron, después de haber infringido todos los principios de moral, etc. que los Evangelios exponen, dijo: "Lo peor de todo es que yo crea lo que esos Evangelios dicen." Y el estadista europeo muy lejos estuvo de confesar y abandonar sus transgresiones para encontrar en la misericordia de Dios la verdadera prosperidad, así como Ale-

jandro el Grande lloró por falta de mundos, en lugar de por falta de perdón.

¿Queréis vosotros en este año prosperar? ¿Deseáis progresar en la gracia de Dios? en el conocimiento de su amor y en la propagación de Su reino en la tierra? Entonces vais por el buen camino. Las "Voces del Año Nuevo" han encontrado eco en vuestros corazones, y Dios que de Su trono os habla dice que no sigáis adelante encubriendo vuestros pecados, que no continuéis vuestra marcha por el mundo agobiados con la enorme carga de penas; que no permitáis más á la conciencia, rayo divino de su cetro, que os siga sirviendo de tormento; pero que confeséis á El vuestras transgresiones, que las abandonéis después de haberlas confesado, y que recobáis Su perdón, Su gracia y Su misericordia divina por medio de Aquel que vino á morir en la cruz por esas transgresiones para que justamente pudiesen ser perdonadas; por medio de Aquel que dijo: "Levántate mujer, yo te perdono" "anda y no peques más;" por medio de Aquel que en este mismo momento con sus brazos abiertos os espera para oprimiros

amorosamente contra Su pecho, haciéndoos poseedores de la verdadera prosperidad.

Antes habíamos dicho que nuestra vida en este mundo es tan sólo el trayecto de la cuna á la tumba, y que se nos ha sido concedida para que en ella encontremos lo que en lo profundo de nuestra alma deseamos. Que esto que deseamos, la suma de todos nuestros más elevados ideales de bondad y pureza es Dios. Sí, que lo debe ser porque el hombre mismo se lo confiesa; que lo debe ser porque la imagen de lo que busca en su alma está, pues que todo lo que es noble, grande, y sublime en él reclama á Dios.

Dios al hombre en Cristo ha venido. Cristo al hombre en su corazón reclama.

En el encontraréis lo que vuestra alma anhela, recibidlo á El; recibid á Dios. Y cuando hayáis por un acto de voluntad aceptado todos los principios que el Cristo representa, cuando hayáis doblegado vuestra frente y humillado la cerviz ante el Divino Maestro, cuando su voluntad sea la vuestra, el año de 1911 será el principio de vuestra prosperidad; y sus voces, sus palabras no han sido en

vano; y los demás que en Cristo creemos inmensamente nos regocijamos, y los ángeles en el cielo pulsarán sus arpas entonando nuevas canciones al Todopoderoso.

JAN 27 1911

Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: April 2006

PreservationTechnologies
A WORLD LEADER IN PAPER PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township PA 16066
(724) 779-2111

PL
5375
G

One copy del. to Cat. Div.

JAN 27 1911

LIBRARY OF CONGRESS
0 011 020 102 3